



<https://publications.dainst.org>

# iDAI.publications

ELEKTRONISCHE PUBLIKATIONEN DES  
DEUTSCHEN ARCHÄOLOGISCHEN INSTITUTS

Dies ist ein digitaler Sonderdruck des Beitrags / This is a digital offprint of the article

## Francisco Beltrán Lloris – Francisco Pina Polo **Roma y los Pirineos: la formación de una frontera**

aus / from

### Chiron

Ausgabe / Issue **24 • 1994**

Seite / Page **103–134**

<https://publications.dainst.org/journals/chiron/1055/5422> • urn:nbn:de:0048-chiron-1994-24-p103-134-v5422.1

Verantwortliche Redaktion / Publishing editor

**Redaktion Chiron | Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik des Deutschen Archäologischen Instituts, Amalienstr. 73 b, 80799 München**

Weitere Informationen unter / For further information see <https://publications.dainst.org/journals/chiron>

ISSN der Online-Ausgabe / ISSN of the online edition **2510-5396**

Verlag / Publisher **Verlag C. H. Beck, München**

**©2017 Deutsches Archäologisches Institut**

Deutsches Archäologisches Institut, Zentrale, Podbielskiallee 69–71, 14195 Berlin, Tel: +49 30 187711-0

Email: [info@dainst.de](mailto:info@dainst.de) / Web: [dainst.org](https://publications.dainst.org)

**Nutzungsbedingungen:** Mit dem Herunterladen erkennen Sie die Nutzungsbedingungen (<https://publications.dainst.org/terms-of-use>) von iDAI.publications an. Die Nutzung der Inhalte ist ausschließlich privaten Nutzerinnen / Nutzern für den eigenen wissenschaftlichen und sonstigen privaten Gebrauch gestattet. Sämtliche Texte, Bilder und sonstige Inhalte in diesem Dokument unterliegen dem Schutz des Urheberrechts gemäß dem Urheberrechtsgesetz der Bundesrepublik Deutschland. Die Inhalte können von Ihnen nur dann genutzt und vervielfältigt werden, wenn Ihnen dies im Einzelfall durch den Rechteinhaber oder die Schrankenregelungen des Urheberrechts gestattet ist. Jede Art der Nutzung zu gewerblichen Zwecken ist untersagt. Zu den Möglichkeiten einer Lizenzierung von Nutzungsrechten wenden Sie sich bitte direkt an die verantwortlichen Herausgeberinnen/Herausgeber der entsprechenden Publikationsorgane oder an die Online-Redaktion des Deutschen Archäologischen Instituts ([info@dainst.de](mailto:info@dainst.de)).

**Terms of use:** By downloading you accept the terms of use (<https://publications.dainst.org/terms-of-use>) of iDAI.publications. All materials including texts, articles, images and other content contained in this document are subject to the German copyright. The contents are for personal use only and may only be reproduced or made accessible to third parties if you have gained permission from the copyright owner. Any form of commercial use is expressly prohibited. When seeking the granting of licenses of use or permission to reproduce any kind of material please contact the responsible editors of the publications or contact the Deutsches Archäologisches Institut ([info@dainst.de](mailto:info@dainst.de)).

FRANCISCO BELTRÁN LLORIS – FRANCISCO PINA POLO

## Roma y los Pirineos: la formación de una frontera\*

Para quien contemple un mapa moderno de Europa occidental, el papel fronterizo de los Pirineos resultará sin duda obvio: la cordillera constituye una barrera continua que, a través del istmo de la Península Ibérica, corre desde la costa atlántica a la mediterránea y cuya divisoria de aguas viene a coincidir a grandes rasgos con la frontera franco-española. Una función semejante jugaron los Pirineos a partir del Principado de Augusto, según lo documentan observadores contemporáneos como Estrabón o Plinio, que presentan la cordillera como límite entre las Hispanias y las Galias al tiempo que subrayan el adelgazamiento del continente en este punto (*Strab. 3, 1, 3; Plin. NH 3, 30*).

Sin embargo en ambos casos y más allá de la evidencia geográfica, el papel separador de los Pirineos en sentido longitudinal es ante todo un producto histórico. Pues, si el tramo central de los Pirineos constituye un obstáculo geográfico real, por el contrario la comunicación entre ambas vertientes por sus dos extremos resulta cómoda y no supone una barrera para el poblamiento que todavía hoy presenta una clara afinidad en sus dos vertientes, culturalmente homogéneas como lo demuestra la continuidad lingüística del vascuence y del catalán. En este sentido la oposición más acusada no se establece entre las tierras situadas al Norte y al Sur de la cordillera, sino sobre todo entre sus dos mitades occidental y oriental, al margen, desde luego, de la diferencia obvia y fundamental que separa las comarcas propiamente pirenaicas de las situadas más allá de su piedemonte.<sup>1</sup> De hecho, a partir de la Antigüedad tardía y comenzando por la experiencia visigoda, la cordillera no marcó una frontera política continua hasta el tratado de los Pirineos y el acuerdo de Llivia ratificados en 1659 y 1660: primero se contraponían las tierras occidentales de vascones y gascones, virtualmente independientes, de las orientales controladas primero por los visigodos y después por los monarcas carolingios; más tarde tanto el reino de

\* Una versión abreviada de este trabajo con el título *Die Pyrenäen als Grenze und die geographische Perzeption der Römer* fue presentada como comunicación al 5. Historisch-Geographisches Kolloquium «Gebirgsland als Lebensraum» celebrado en Stuttgart en mayo de 1993.

<sup>1</sup> Tradicionalmente, sin embargo, los caminos de la ganadería trashumante vinculan las tierras altas pirenaicas con un extenso ámbito geográfico: en particular, la mitad norte de la cuenca del Ebro y las tierras situadas al Sur del Garona, v. J. M. DE BARANDIARÁN, *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires 1953, 133.

Navarra al Oeste como la Corona de Aragón por el centro y el Este de la cordillera formaban entidades políticas transpirenaicas o, al menos, sostenían pretensiones territoriales en ambas vertientes. En este sentido el papel geopolítico de la cordillera como frontera es un resultado tardío, derivado de los procesos de unificación español y francés, y de la fijación de los centros de gravedad de ambos estados en puntos muy lejanos de la cordillera, y se acrecienta además por nuestra representación del espacio orientada al Norte que privilegia, especialmente en este caso, la oposición latitudinal entre el Norte y el Sur.<sup>2</sup>

No se trata, por lo tanto, de negar el papel delimitativo de la cordillera, a todas luces incuestionable, sino de precisar el carácter ante todo histórico de esta frontera que obedece más que a una polaridad cultural entre los pueblos que habitaban sus dos vertientes o a un hecho geográfico determinante, a las circunstancias históricas en las que se produjo la progresión de la conquista romana de la región y a la perspectiva geográfica desde la que la contemplaba Roma, esto es a su particular representación del espacio, acusadamente mediterraneocéntrica. Sin duda el momento crucial en este proceso está constituido por el Principado de Augusto con la fijación de las fronteras occidentales del Imperio en el Atlántico y el Rin, y la reorganización administrativa que a ella siguió, sancionando la conversión de Roma de mera potencia mediterránea en Imperio continental por más que su centro de gravedad siguiera situado en el mar interior.

Los mismos Estrabón y Plinio antes citados, y aun subrayando el papel fronterizo de los Pirineos, se hacen eco de la existencia tanto de continuidades culturales en sus dos vertientes como de antiguas configuraciones provinciales que superaban la cordillera. Así el de Amasia, en un conocido pasaje, señala cómo los aquitanos de la región situada entre los Pirineos y el Garona se distingúan claramente de los galos por su aspecto físico y su lengua, y se asemejaban, a cambio, más a los «íberos», es decir a los pobladores de Iberia (4, 2, 1), mientras que Plinio recuerda a propósito del extremo oriental cómo en tiempos de Pompeyo la Hispania Citerior y la Narbonense formaban una sola *provincia* desde la Hispania Ulterior hasta los Alpes (NH 3, 18). Ambas cuestiones, continuidades culturales y delimitación provincial, merecen un tratamiento más detenido, una vez se hayan examinado los aspectos propiamente geográficos.

### *Relieve y vías de comunicación (ver mapa 1)*

La cordillera forma una barrera continua de 435 km. de longitud y c. 150 de anchura en su tramo medio, cuya divisoria de aguas se mantiene en la parte central por encima de los 2.000 m., pero desciende de forma notable en sus dos extremos, por los que la cordillera se adelgaza ostensiblemente. A pesar de su continuidad, los Piri-

---

<sup>2</sup> Particularmente plástica a propósito de estrategia y percepción del espacio es la obra de G. CHALIAND y J.-P.-RAGEAU, *Atlas estratégico y geopolítico*, Madrid 1984.

neos admiten una notable permeabilidad en sentido perpendicular gracias a una serie de pasos naturales de dificultad variable, en uso desde época prehistórica, que han facilitado los contactos entre los habitantes de ambas vertientes.<sup>3</sup> En la parte oriental, aproximadamente a una veintena de kilómetros de la costa, se encuentra el paso de El Perthus, sin lugar a dudas el más transitado en la Antigüedad gracias a su escasa altura (290 m.) y su proximidad al Mediterráneo, por el que atravesaba la cordillera la vieja ruta litoral conocida como vía Heráclea, sobre la que Roma trazó las vías Domicia y Augusta. Hacia el interior los puertos más inmediatos se encuentran considerablemente más altos: son el Coll d'Ares (1610 m.), al que se accede desde el Sur a través del valle del Ter en donde se emplaza Auso (Vic) y, desde el Norte por el del Tech, en cuyo curso inferior se localiza Iliberris (Elne); un poco más al Oeste se halla el más practicable Coll de la Perxa (1.610 m.), al que se llega, desde la parte ibérica, remontando desde Ilerda (Lérida) por el valle del Segre y desde la gala, por el del Tet desde Ruscino (Château-Roussillon). Muy probablemente, fue éste el paso utilizado por el ejército de Aníbal para atravesar la cordillera,<sup>4</sup> así como por Sertorio en 83–82, por Lucio Manlio en 79 y por César antes de la batalla de Ilerda. Sin embargo su control debió permanecer en manos de los cerretanos hasta las campañas de Domicio Calvinio en 38 a.E.<sup>5</sup>

En la parte central de los Pirineos, los dos pasos hoy fundamentales, el que comunica los valles del Ter y del Ariège, y el del valle de Arán son consecuencia de acondicionamientos modernos con la perforación de los túneles de Puymorens en 1929 y de Viella en 1948, sin que haya constancia de vías antiguas importantes, si bien la fundación de Lugdunum (Saint-Bertrand-de-Comminges) pudo aumentar la importancia del segundo.<sup>6</sup> Más utilizado fue el puerto de Somport (1.622 m.), que comunica el valle del Gállego con el de Aspe, por el que discurría la vía que desde Caesar Augusta (Zaragoza) conducía a Beneharnum (¿Lescar?), en la Galia, si bien su construcción no tuvo lugar probablemente hasta época augústea.

En la región occidental, destaca la vía que unía Pompelo (Pamplona) con Burdigala (Burdeos), que en su tramo hispano no estaría en servicio antes de la fundación de la ciudad vascona por Pompeyo, y que, en el lado aquitano, debió de ser prolongada sólo tras la conquista cesariana. Aunque tradicionalmente se ha considerado

<sup>3</sup> Véase al respecto SCHULTEN 1959, 263–267; DUPRÉ 1983, 393–411. En particular sobre el actual territorio de Aragón, M. A. MAGALLÓN, La red viaria romana en Aragón, Zaragoza 1987.

<sup>4</sup> BELTRÁN 1984, 147–171.

<sup>5</sup> J. PADRÓ y C. PIEDRAFITA, Les étapes du contrôle des Pyrénées par Rome, *Latomus* 46, 1987, 356–362; G. FATÁS, ¿A quién engañó Sertorio cuando cruzó los Pirineos?, 4<sup>rt</sup> Col.loqui Internacional d'Arqueología de Puigcerdà, Puigcerdà 1982, 235–238. La vía construida por el gobernador Manio Sergio a fines del siglo II a.E. ascendía desde la costa paralela al curso del Congost sólo hasta las proximidades de Vic (MAYER y RODÀ 1986, 159–160).

<sup>6</sup> DUPRÉ 1983, 398; SCHAAD y VIDAL 1992, 211. Véase el segmento I de la Tabula Peutingeriana, en el que una vía se dirige desde Lugdunum hacia el Pirineo.

que el puerto de Ibañeta (1.092 m.), junto a Roncesvalles, constituiría el paso habitual en la Antigüedad, resulta mucho más probable que la vía discurriera por el puerto de Lepoeder, el cual, aunque situado a una mayor altitud que aquél, permite salvar la cordillera con menores desniveles y, por consiguiente, con un menor esfuerzo. Por último, aunque los itinerarios antiguos no mencionan la existencia de ninguna vía, es evidente que la franja costera entre Oiarso (Oiartzun) y Lapurdum (Bayona) permitía fácilmente el tránsito entre Hispania y Galia, puesto que, en realidad, no existe allí ninguna barrera montañosa. Aun con todo, de las fuentes antiguas se desprende claramente que la vía interior era la más frecuentada.<sup>7</sup>

*Una encrucijada étnica: iberos, ligures, vascones, aquitanos, griegos y celtas  
(ver mapa 1)*

La capilaridad que presenta la cordillera por sus extremos explica la persistente homogeneidad cultural que existe entre las tierras situadas en sus dos vertientes tanto por la costa atlántica como por la mediterránea:<sup>8</sup> en la actualidad vasca al Oeste y catalana al Este, y en la Antigüedad vascónico-aquitana e ibérica respectivamente.

Se debe a JÜRGEN UNTERMANN la acuñación de la expresión «Narbonense ibérica» para designar la franja costera que se extiende entre los Pirineos y el curso del Lez<sup>9</sup> como prolongación cultural del litoral ibérico hispano. Esta circunstancia que las fuentes literarias de los últimos siglos anteriores a nuestra Era, unánimes a propósito del carácter galo de la región, silencian por completo, es conocida por varios conductos. Así lo testimonian autores anteriores a la conquista romana – o que manejan fuentes previas a ella – como Avieno, que señala el río Oranus (Hérault) como límite entre iberos y ligures (vv. 611–613), o el Pseudo-Escilax, que sitúa entre los Pirineos y el Ródano a iberos y ligures mezclados (3). Con mayor claridad aún lo confirma la epigrafía, que ofrece entre los Pirineos y Lattes, junto a Montpellier, numerosos testimonios de inscripciones en escritura y lengua ibéricas, en su mayoría grafitos sobre cerámica, datables entre el siglo IV a.E. y mediados del I a.E.<sup>10</sup> Si los vestigios de una presencia ligur en la zona resultan

<sup>7</sup> Dada la pérdida del primer segmento de la Tabula Peutingeriana, sólo hay constancia en este particular mapa del paso pirenaico más oriental, El Perthus, en el seg. I, si bien resulta posible deducir al menos dos más occidentales, según MILLER 1916, cols. 27–28 y 147–150, los de Somport e Ibañeta/Lepoeder, si bien podrían haber sido representados al menos cuatro en total.

<sup>8</sup> Ya SCHULTEN 1959, 267 indicó que los Pirineos no constituían propiamente una barrera etnográfica.

<sup>9</sup> MLH II, 36 ss. y mapa 2 p. 384.

<sup>10</sup> Coincidén en este sentido toponimia, antroponimia y textos: entre los nombres de lugar son particularmente significativos, además de Carcasso (Carcassone) o Cessero, los casos de Baeterae (Béziers) e Illeberris (Elne), v. MLH II, 42; entre los antropónimos, pueden destacarse por su antigüedad los comprobados en la carta de plomo griega de Pech Maho, datables en

leves,<sup>11</sup> a cambio su celtización, datada habitualmente a partir del siglo IV a.E., es perceptible con claridad y se traduce en el predominio de los Volcae Tectosages de Tolosa (Toulouse) en el interior y de los Volcae Arecomici entre el Bajo Ródano y el Macizo central, que registran las fuentes relativas a la conquista romana y los autores altoimperiales.<sup>12</sup> Desde el punto de vista arqueológico la presencia céltica resulta evidente sobre todo a partir del siglo III a.E., si bien hay indicios de ella que podrían remontarse hasta el tránsito del siglo V al IV.<sup>13</sup> Y se aprecia también onomásticamente a través de los epígrafes ibéricos que muestran en la zona una considerable mixtura cultural.<sup>14</sup> De cualquier forma, este trácto del litoral de la futura Narbonense que los autores clásicos atribuyen a Sordones y Elisyes<sup>15</sup> presenta evidentes similitudes culturales con el de la Cataluña colindante<sup>16</sup> – cuyo iberismo no necesita ser subrayado<sup>17</sup> –, así como una común relación con los núcleos más occidentales de la colonización griega.<sup>18</sup> Esta homogeneidad ibérica, perceptible en la cultura material, en la común vinculación con los helenos, así como en la

el siglo V (M. LEJEUNE, J. POUILLOUX y Y. SOLIER, *Etrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)*, RAN 21, 1988, espec. 53–54); además, véase MLH I.1, A.1–5 a propósito de las leyendas monetales y MLH II, *passim* (espec. B.1.1–372: Ensérune) para el resto de las inscripciones; algunos hallazgos recientes en Y. SOLIER y H. BARBOUTEAU, *Découverte de nouveaux plombs inscrits en ibère, dans la région de Narbonne*, RAN 21, 1988, 61–94. Los conjuntos más significativos son de Sur a Norte los de Iliberris (Elne), Ruscino (Château-Roussillon), Pech Maho, Montlaurès, junto a Narbo (Narbonne), y sobre todo Ensérune, con 372 epígrafes. Testimonio de una relación comercial con la ribera mediterránea ibérica son los *tituli picti* anfóricos de Vielle-Toulouse: M. VIDAL y J. P. MAGNOL, *Les inscriptions peintes en caractères ibériques de Vielle-Toulouse (Haute-Garonne)*, RAN 16, 1983, 1–28.

<sup>11</sup> Véanse los antropónimos clasificados como ligures por J. UNTERMANN, *Lengua gala y lengua ibérica en la Galia Narbonensis*, Archivo de Prehistoria levantina 12, 1969, 105–107, 109.

<sup>12</sup> Por ejemplo, Strab. 4, 1, 12–13.

<sup>13</sup> MOHEN 1979, 29–48.

<sup>14</sup> MLH II, 42–43; al respecto, la síntesis de M. BATS, *La logique de l'écriture d'une société à l'autre en Gaule méridionale protohistorique*, RAN 21, 1988, 121–124.

<sup>15</sup> Sordones: Mela II 84 (con Ruscino y Eliberra = Iliberris); Plin. NH 3, 33. Elysiques, en torno a Narbona: Hecateo en Steph. Byz. s. u. (*Ἐλίσουχοι ἔθνος Αιγύων*), Hdt. 7, 165; Avien. v. 586.

<sup>16</sup> Así, por ejemplo, J. JANNORAY, *Ensérune, contribution à l'étude des civilisations préromaines de la Gaule méridionale*, Paris 1955, 413.

<sup>17</sup> Véanse desde la perspectiva arqueológica los estados de la cuestión de M. A. MARTÍN, J. PADRÓ, E. JUNYENT y E. SANMARTÍ en: A. RUIZ y M. MOLINOS (eds.), *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén 1987, 19–75.

<sup>18</sup> En Languedoc, Agathe, en el Ampurdán, Emporion y Rhode. Sobre los pueblos indígenas del Sudeste de Francia, véase en general G. BARRUOL, *Les peuples préromains du Sud-Est de la Gaule*, Supp. 1 de la RAN, 1969; a propósito de los griegos y la Península Ibérica, P. ROUILLARD, *Les grecs et la Péninsule Ibérique*, París 1991; sobre Massalia y su ámbito de influencia, M. CLAVEL-LÉVÈQUE, *Marseille grecque*, Marseille 1985; sobre los foceos y Occidente, J.-P. MOREL, *Les phocéens d'Occident: nouvelles données, nouvelles approches*, PP 104–107, 1982, 478–500.

escritura, la onomástica y la lengua, no excluye, desde luego, que el elemento ibérico se encontrara superpuesto en esta zona litoral a estratos étnicos y lingüísticos previos diferentes, como es el llamado ligur en el Sur de Francia o el indefinido que se ha propuesto recientemente aislar en localidades hispanas como Ullastret (Girona) o Azaila (Teruel), desde la consideración del ibérico como una lengua vehicular.<sup>19</sup>

En el extremo atlántico de los Pirineos la continuidad entre ambas vertientes queda igualmente patente, al menos en el plano lingüístico. Al Norte de los Pirineos los rasgos diferenciales que Estrabón atribuye a los aquitanos (4, 2, 1) tienen un claro reflejo en el terreno onomástico. Al Sur del Garona las inscripciones latinas altoimperiales reflejan una bien definida región antropónímica, que constituye hasta el momento el único vestigio de la lengua aquitana, emparentada con el vascuence moderno, que no alcanzó, al parecer, suficiente prestigio social como para ser anotada por escrito.<sup>20</sup> La máxima concentración de testimonios se da en los actuales departamentos de los Altos Pirineos, Ariège (valle del Salat) y Gers así como en puntos aislados de Las Landas (Aire-sur-Adour) y los Pirineos Atlánticos (Tardets), esto es en los territorios atribuidos generalmente a los Conuenae, Consorani, Ausci, Tarusates y Sybillates.<sup>21</sup> Esta zona tiene como puntos extremos las localidades modernas de Lourdes, Sos, Touget, Muret y Saint-Lizier-de-Ustou, y presenta las máximas concentraciones en torno a Elimberris (Auch) entre los Ausci, en la comarca de Lugdunum, ciuitas Conuenarum (Saint-Bertrand-de-Comminges), y en el resto de la cuenca alta del Garona (Bagnères-de-Louchon, Saint-Béat, Ardièze, Montserié), siendo su límite extremo oriental el valle del Salat. No obstante toda la región más occidental comprendida al Sur del Adour, en la que los testimonios epigráficos son escasísimos, debía ser también de lengua aquitana.<sup>22</sup> Como en la costa mediterránea, la presencia céltica es también manifiesta al Sur del Garona.<sup>23</sup> Además de los Bituriges de la desembocadura del Garona, de estirpe gala según Estrabón (4, 2, 1), al Sur de este río la onomástica revela una clara celtización de la ribera izquierda, en la que no hay constancia de nombres aquitanos, y más matizada en las áreas propiamente

<sup>19</sup> J. DE HOZ, La lengua y la escritura ibéricas, y las lenguas de los íberos, en: CLCP 1993, 634–663, espec. 651–656; dentro de esta perspectiva quedaría incluido también el caso de la Cerdaña pirenaica.

<sup>20</sup> Sobre el aquitano véase la excelente monografía de GORROCHATEGUI 1984.

<sup>21</sup> Para la ubicación de los pueblos antiguos, véase, sobre la base fundamental de Plinio NH 4, 108–109, el trabajo clásico de P. M. DUVAL, *Les peuples de l'Aquitaine d'après la liste de Pline*, RPh 29, 1955, 213–227 con propuestas de adscripción étnica: algunos, como los Begerri, presentan etnónimos claramente no indoeuropeos.

<sup>22</sup> GORROCHATEGUI 1984, 41–42; estas comarcas son en la actualidad vascohablantes. Véanse los mapas de distribución de inscripciones, teónimos y antropónimos, así como la interesante coincidencia entre las zonas de lengua gascona y la atribuida al aquitano.

<sup>23</sup> Para la documentación arqueológica, que subraya los elementos de continuidad frente a los intrusivos, véase la síntesis de MOHEN 1979.

aquitanas, en las que también se registran antropónimos, teónimos y topónimos – es evidente el caso de *Lugdunum* – de carácter céltico.<sup>24</sup>

Al Sur de los Pirineos occidentales se observa una situación semejante. En las tierras de los Vascones<sup>25</sup> los vestigios de su lengua, que tampoco gozó de suficiente prestigio cultural como para ser escrita,<sup>26</sup> se han conservado exclusivamente en la topónimia y en un escaso número de inscripciones latinas altoimperiales que registran nombres – antropónimos y teónimos – vascónicos concretamente en la Navarra Media y en las Cinco Villas aragonesas, aun siendo en conjunto predominantes los de tipo céltico y, en menor medida, ibérico.<sup>27</sup>

Mucho menos clara resulta la filiación cultural del resto de los pueblos pirenaicos de la vertiente meridional o de los valles centrales.<sup>28</sup> Además de los conocidos sólo por su nombre, como los Ἀνδοσίνοι y Αἰρεβόσιοι citados por Polibio (3, 35, 1) a propósito de la travesía pirenaica de Aníbal,<sup>29</sup> las fuentes clásicas coinciden en señalar al Este de los vascones a los Iacetani en torno a Jaca,<sup>30</sup> a los Cer(r)etani por la Cerdanya y quizá también más a occidente,<sup>31</sup> y a los Bergistani o Βαργούσιοι en el Bergadà.<sup>32</sup> Con absoluta rotundidad sólo puede afirmarse el iberismo lingüístico de los cerretanos,<sup>33</sup> confirmado recientemente por los grafitos rupestres de la Cerdanya;<sup>34</sup> sin embargo tanto cultura material, como vestigios onomásticos, inducen a

<sup>24</sup> Máximas concentraciones en Lectoure (Gers) entre los Lactorates; en Auch (Gers) entre los Ausci, así como en Ardiège, Saint-Bertrand-de-Comminges (Lug-dunum, «la ciudad de Lug») o Bagnères-de-Luchon (Hautes Pyrénées); v. GORROCHATEGUI 1984, 54–57 y mapas de distribución.

<sup>25</sup> Sobre los cuales, v. FATÁS 1985, 383–397; PEREX 1986.

<sup>26</sup> Las escasas inscripciones indígenas están redactadas en lengua celtibérica o ibérica, caso de las téseras de hospitalidad de Viana y del mosaico de Andión, respectivamente, v. J. VELAZA en prensa.

<sup>27</sup> Además de VELAZA en prensa, véase fundamentalmente GORROCHATEGUI 1987, 435–445 y F. BELTRÁN, Epigrafía y onomástica de las Cinco Villas, Actas de las I Jornadas de estudio sobre las Cinco Villas, Zaragoza 1986, 53–93.

<sup>28</sup> En general, véase TOVAR 1989, 37–59.

<sup>29</sup> BELTRÁN 1984, 162–163: tradicionalmente ubicados por mera homofonía en los valles de Andorra y Arán.

<sup>30</sup> La referencia literaria más clara es Strab. 3, 4, 10.

<sup>31</sup> Plin. NH 3, 22. Sobre el posible poblamiento cerretano de los valles pirenaicos centrales, FATÁS 1993, 307–308. Acerca de los jacetanos, J. CARO, Sobre el mundo ibero-pirenaico, San Sebastián 1988, 101 ss.

<sup>32</sup> Pol. 3, 35; Liv. 21, 19 y 34, 16 y 21. Aunque no se conservan inscripciones en su territorio estricto, las hay y de carácter ibérico tanto al Este, en torno a Vic, como al Oeste en el Solsonés, MLH III.2, D.1–5.

<sup>33</sup> Ya sea como lengua autóctona ya como lengua vehicular (ver nota 19: DE HOZ 1993); en este último caso y a juzgar por las coincidencias antropónímicas (véanse, por ejemplo, las comitancias bokau – Azaila –/bokar – Ossejà 3 –; bartoin – Ullastret –/bartar – Azaila –/baritte[---] Ossejà 3; etc.) habría que postular un substrato común para el Pirineo oriental, la costa gerundense y el Bajo Aragón.

<sup>34</sup> P. CAMPMAJÓ y J. UNTERMANN, Corpus des gravures ibériques de Cerdagne, Ceretania 1,

pensar que la vertiente meridional de la cordillera era preponderantemente ibérica hasta el confín vascónico.<sup>35</sup>

En definitiva, desde un punto de vista geográfico y étnico, pueden observarse dos juegos de oposiciones: una principal entre los extremos occidental y oriental de la cordillera, y otra secundaria entre las vertientes septentrional y meridional. Al Este, los Pirineos se integran en un arco litoral mediterráneo de cultura predominante-mente ibérica, recorrido por una vieja ruta costera y frecuentado desde la primera mitad del I milenio por navegantes fenicios, etruscos y sobre todo griegos – que desde c. 600 se asentaron aquí –, separado del interior por una barrera discontinua formada por el Macizo central, los Pirineos mismos, y la Cordillera costera catalana que perforan los valles del Ródano y del Ebro en sus extremos y el portillo de Carcasona hacia el Garona en la parte central. Por el contrario, su extremo occidental, atlántico y de lengua vascónico-aquitana, aparece como un área de arrinconamiento, flanqueada por los ejes de comunicación longitudinales formados por los valles del Ebro y del Garona, y bañada por un mar poco frecuentado hasta la conquista romana. La vertiente septentrional, más abierta hacia Europa central, experimentó un fuerte proceso de celtización que no impidió, al Oeste, la supervivencia del substrato aquitano en las faldas pirenaicas, ni al Este, la del ibérico en la costa. A cambio, en la vertiente meridional, los influjos ibéricos se impusieron al Norte del Ebro a través de la Cordillera costera catalana y del río mismo – con los Pirineos centrales como pantalla respecto del Sur de las Galias – hasta el *trifinium* vascónico en el que la presencia céltica, dominante en el Sistema Ibérico, es también patente. Más al Oeste, la Cordillera cantábrica pegada a la costa y unida a los Pirineos a través del umbral vasco, acentúa y prolonga hacia Occidente el ámbito de marginalidad propio del extremo poniente pirenaico.

Más allá de la geografía y las afinidades culturales, los acontecimientos relacionados con la conquista romana ponen de relieve en varias ocasiones la comunidad existente entre las dos regiones transpirenaicas delineadas previamente tanto desde la perspectiva indígena como desde la romana.

---

1991, 39–59 y Les influences ibérique dans la Haute Montagne Catalane: le cas de la Cerdagne, en: CLCP 1993, 499–520: el núcleo fundamental procede de Ossejà, en la Cerdanya francesa.

<sup>35</sup> La postura defendida sobre todo por J. COROMINAS (p. ej., Entre dos llenguatges II, Barcelona 1976, 132–216, seguido por TOVAR 1989, 53; al respecto de CIL II 5840 = EE VIII 175, con onomástica ibérica y no vascoide, v. F. BELTRÁN, Epigrafía y romanización en la provincia de Huesca, Annales. UNED Barbastro 4, 1987, 28–29), según la cual el vascónico se habría hablado por todos los Pirineos hasta Cataluña, resulta hoy insostenible (por ejemplo, GORROCHATEGUI 1984, 59; FATÁS 1993, 291). Los testimonios vascónico-aquitanos comprobados no sobrepasan en la vertiente meridional las Cinco Villas aragonesas y en la septentrional, el valle del Salat.

*Los Pirineos orientales entre la Narbonense y la Hispania Citerior  
(ver mapa 1)*

La intervención de Roma en los asuntos del extremo occidental del Mediterráneo se vio profundamente mediatizada por el hecho de no ser fruto de un avance progresivo, sino de la necesidad de atacar las bases hispanas de Aníbal en los comienzos de la segunda guerra púnica. Este hecho condicionó el desarrollo territorial del Imperio que, lejos de constituir un *continuum* geográfico a lo largo de la costa mediterránea, mantuvo a Italia e Hispania separadas hasta el siglo I a.E., haciendo forzoso que las comunicaciones se verificaran durante dos siglos fundamentalmente por mar y confiriendo un papel básico en el control del territorio a las ciudades griegas del golfo de León y en concreto a Massalia.

No es azaroso que fuera Emporion la cabeza de puente elegida para el desembarco de 218 a.E. ni tampoco que fuera el Ebro el límite escogido para fijar el avance cartaginés en el tratado de 226-5 a.E. con Asdrúbal. Este río marcaba el límite meridional de la esfera más directa de intereses griegos en la región, una vez que los púnicos se habían asentado sólidamente en el Sureste hispánico bajo la dirección de Amílcar y Asdrúbal.<sup>36</sup> Así, la progresión romana se realizó inicialmente a partir de las bases situadas al Norte del río, la propia Emporion y Tarraco, y en dos direcciones fundamentales en lo que al Nordeste hispano se refiere: a lo largo de la costa, y hacia el interior a través del corredor delimitado por los Pirineos y el Ebro, río que desde su curso medio servía de frontera entre iberos y vascones, por un lado, y la Celtiberia que se extendía por las tierras altas del Sistema Ibérico, por el otro.<sup>37</sup> La progresión romana por el mencionado corredor fue muy rápida:<sup>38</sup> tras la derrota cartaginesa y la supresión de la revuelta ilergete, solucionada ya antes del gobierno de Catón (195 a.E.), sólo hay constancia de campañas de alcance limitado contra los pueblos de las sierras exteriores o del somontano pirenaico, Iacetani, Suessetani<sup>39</sup> y Bergistani, sometidos todos ellos ya a comienzos del siglo II a.E. De los vascones no hay noticias hasta época de Sertorio, pero parece cada vez más claro que no opusieron resistencia armada a los romanos.<sup>40</sup> Precisamente, la primera fundación romana del valle, Gracurris (Alfaro), «la ciudad de Graco», en 179 a.E., fue establecida en la ribera vascona del Ebro (Liv. per. 41; Fest. 97 MÜLLER), pero en la orilla derecha, sin duda a modo de puesto de control frente a los cel-

<sup>36</sup> Sobre el tratado del Ebro véase recientemente J.B. TSIRKIN, El tratado de Asdrúbal con Roma, *Polis* 3, 1991, 147-152 y J.S. RICHARDSON, *Hispaniae*, Cambridge 1986, 20-30; la identificación del río del acuerdo con uno diferente al Ebro actual no parece consistente.

<sup>37</sup> Sobre el Ebro como frontera véase BELTRÁN 1992, 37-40 y en prensa a.

<sup>38</sup> Al respecto véase la síntesis de FATÁS 1993, 294 ss.

<sup>39</sup> Estos son situados tradicionalmente en las Cinco Villas; su filiación es dudosa: el etnónimo parece céltico, pero la onomástica antigua es íberica como en el caso de los jinetes Segienses del bronce de Ascoli del año 89 a.E., CIL I 2, 709.

<sup>40</sup> FATÁS 1985 con referencia a trabajos anteriores en los que desarrolla este punto de vista.

tíberos.<sup>41</sup> Desde estas fechas la atención romana, prescindiendo de la salida al Atlántico, quedaría fijada en la Celtiberia, en las que las intervenciones militares se sucedieron durante una centuria, hasta comienzos del siglo I a. E.<sup>42</sup>

Al Norte de los Pirineos Roma no intervino de manera decidida hasta fines del siglo II a. E. Desde comienzos de la centuria fueron varias las campañas al Este del Ródano en apoyo de Massalia,<sup>43</sup> ciudad aliada a la que Roma, al parecer, encomendó directamente la custodia del litoral entre ese río y Nicaea. A cambio, no hay noticia alguna de operaciones romanas en la parte meridional de la futura Narbonense, ni de la participación de los Volcae Arecomici o de los Tectosages o de cualquier otro pueblo de la región en las guerras contra Roma. La primera acción romana confirmada en el Languedoc corresponde a la construcción de la *via Domitia* por Gneo Domicio Ahenobarbo hacia 119 a. E. Significativamente, el propósito de esta calzada, un auténtico *limes* en sentido estricto protegido por guarniciones (Narbo, Montbazin), era comunicar a través de Le Perthus la Hispania Citerior con el Ródano,<sup>44</sup> por los mismos años que en Hispania los gobernadores Manio Sergio y Quinto Fabio Labeón tendían calzadas desde la vía costera –la futura *via Augusta*– hacia el interior por la ribera izquierda del Ebro y por el valle del Congost.<sup>45</sup> Por lo tanto, se trata aparentemente de un planteamiento de conjunto que dotaba de una infraestructura viaria con función fundamentalmente militar al arco mediterráneo que iba desde el Ebro medio hasta el Ródano y que al Norte de los Pirineos quedaba completada con la instalación de una guarnición en Tolosa (Cass. Dio 27, fr. 90), entre los Volcae Tectosages, en el camino naturel del Mediterráneo al Atlántico<sup>46</sup> y con la inmediata fundación de la colonia Narbo (118 a. E.); al Sur de los Pirineos, tanto Emporion como Tarraco, en la vía litoral, que hasta entonces habían albergado campamentos, se convierten en estas fechas en ciudades de tipo romano,<sup>47</sup> mientras que, en el interior, Graccurris –una ciudad peregrina– seguía señalando el punto extremo noroccidental de la penetración romana.

La vinculación de la parte meridional de la Narbonense con Hispania Citerior fue tan estrecha durante medio siglo que se ha emitido una verosímil hipótesis según la cual la provincia al Oeste del Ródano sería administrada hasta el período de las

<sup>41</sup> El topónimo parece vascónico (v. GORROCHATEGUI 1987, 439); la ciudad mantuvo su condición peregrina hasta época de Augusto que le otorgó el *ius Latii* (Plin. NH 3, 24).

<sup>42</sup> El último triunfo sobre la Celtiberia, logrado por Gayo Valerio Flaco, data del año 81 a. E. (Gran. Licin. 36; 31–32 FLEMISCH).

<sup>43</sup> Una exposición detallada de los acontecimientos militares en RIVET 1988, 27–73.

<sup>44</sup> RIVET 1988, 42 ss.; cf. el miliario de Rieu de Treilles, I. KÖNIG, Die Meilensteine der Gallia Narbonensis, Bern 1970, núm. 256.

<sup>45</sup> MAYER y RODÀ 1986.

<sup>46</sup> Sobre las inscripciones ibéricas sobre ánforas de Vieille-Toulouse ver n. 10.

<sup>47</sup> Estas dos ciudades constituían más bien «dípolis» con un establecimiento romano y otro indígena, o griego e indígena en el caso de Emporion, v. J. RUIZ DE ARBULO, Los inicios de la romanización en Occidente: los casos de Emporion y Tarraco, Athenaeum 79, 1991, 459–493.

guerras sertorianas por el gobernador de la Citerior, mientras la parte oriental quedaría bajo el control directo de Massalia.<sup>48</sup> De hecho, con la excepción de un Caelius o Coelius, represor de una revuelta de los Salluuii en 90 a. E. (Liv. per. 73),<sup>49</sup> el primer gobernador del que hay constancia firme es Gayo Valerio Flaco, triunfador sobre celtíberos y galos en 81 a. E., que parece haber ejercido el mando conjuntamente de la Hispania Citerior y de la Narbonense.<sup>50</sup> El siguiente conocido, Lucio Manlio o Malio fue enviado a Hispania para combatir con Sertorio (Plut. Sert. 12; Oros. 5, 23, 3). Y Pompeyo, su sucesor, una vez que Marco Emilio Lépido, inicialmente destinado a la Narbonense, se rebelara, actuó igualmente en el Sur de Francia (Sall. hist. 2, 98; App. bell.ciu. 1, 109, 13) y en la Citerior. Precisamente, Pompeyo en sus trofeos pirenaicos registraba ochocientos sesenta y seis *oppida* tomados entre los Alpes y la Hispania Ulterior, en lo que parecen ser los límites de la *provincia* que se le había atribuído (Plin. NH 3, 18).

Tras el gobierno de Marco Fonteyo (Cic. pro Font.), encargado de apoyar a Pompeyo en sus campañas hispanas contra Sertorio, Gayo Calpurnio Pisón fue el primer gobernador que rigió a la vez la Galia Cisalpina y la Transalpina, como haría después César, si bien para el 44 el dictador había designado de nuevo un procónsul conjunto de Hispania Citerior y de la Narbonense en la persona de Marco Emilio Lépido.<sup>51</sup> Sólo al hacerse Octaviano con el control de Occidente, quedaron definitivamente desligadas administrativamente la Narbonense y la Citerior.

### *Pompeyo y el control simbólico de los Pirineos (ver mapa 2)*

Con motivo de las guerras sertorianas, Roma por vez primera se vio obligada a tomar en consideración los Pirineos en su globalidad.<sup>52</sup> Hasta ese momento las intervenciones romanas habían afectado sólo al extremo oriental de la cordillera, desde el que la conquista había progresado en dirección al Atlántico. Por la vertiente gala, la frontera se había estabilizado en la región de Tolosa, más allá de la cual la única operación registrada, la dirigida contra los Volcae Tectosages con motivo de la emigración de cimbrios y teutones en 107 a. E., se había saldado con la derrota de Agen. En la vertiente hispana el control del territorio se había asegurado al Norte del Ebro hasta la Navarra actual, sin referencia alguna a los Vascones, cuya primera

<sup>48</sup> CH. EBEL, *Transalpine Gaul. The Emergence of a Roman Province*, Leiden 1976, 74–102; véase también la postura de E. BADIÁN, Notes on Provincia Gallia in the Late Republic, en: R. CHEVALLIER (dir.), *Mélanges d'archéologie et d'histoire offerts à André Piganiol*, II, Paris 1966, 901–918 y el estudio de la cuestión de RIVET 1988, 47 ss.

<sup>49</sup> Según E. BADIÁN, *Studies in Greek and Roman History*, Oxford 1964, 90–91, sería C. Coelius Caldus, el cónsul de 94 a. E.

<sup>50</sup> Sobre sus actividades en Hispania Citerior, v. G. FATÁS, *Contrebia Belaisca* (Botorrita, Zaragoza). II. *Tabula Contrebiensis*, Zaragoza 1980, 111–123.

<sup>51</sup> Al respecto, RIVET 1988, 54–83.

<sup>52</sup> FATÁS 1993, 300 ss.

aparición en las fuentes data del período sertoriano, si bien, como ya se ha señalado, sus relaciones con Roma debían ser particularmente amistosas.

Durante el conflicto la vinculación entre Hispania Citerior y Narbonense se mantuvo: ya al propio Sertorio le fueron confiadas las dos provincias (Exuperant. 8) a fines del 83 a.E., y Lucio Manlio, como se ha visto, hubo de intervenir contra el sabino desde la Narbonense en 79–78 a.E., una vez vencido Domicio Calvino por Sertorio (Plut. Sert. 12). Manlio fue derrotado al Sur de los Pirineos, refugiándose en Ilerda (Oros. 5, 23, 3) – lo que induce a pensar en un itinerario de ida por el extremo oriental pirenaico –, pero también en Aquitania (Caes. bell. Gall. 3, 20).

En 76 a.E. Pompeyo intervino también en las Galias, sublevadas al parecer con motivo del conflicto sertoriano, tras abrirse camino a través de los Alpes y parlamentar con el *concilium Galliarum* en Narbo. Despues cruzó los Pirineos por el extremo oriental y recuperó las tierras costeras de Cataluña (Sall. hist. 2, 98, 5), actuando más adelante en el Levante español con el apoyo logístico de Marco Fonteyo desde la Narbonense que le envió trigo y *stipendia* (Cic. pro Fonteio 13; Sall. hist. 2, 98, 9). Hasta fines de 75 a.E. Pompeyo intervino en la parte oriental de la Hispania Citerior en colaboración con Metelo, gobernador de Hispania Ulterior, con las Galias como retaguardia, de suerte que sus ejércitos se retiraron a invernar hacia los Pirineos (App. bell. ciu. 1, 110<sup>53</sup>). A partir de este momento, Pompeyo pasó a operar en la parte occidental de la provincia, en tierras celtíberas y vacceas (Liv. per. 92; Sall. hist. 2, 94–95; App. bell. ciu. 1, 112), aprovisionándose de trigo entre los Vascones, que aparecen por vez primera en las fuentes (Sall. hist. 2, 93), e invernando en las Galias entre 74 y 73 a.E. (Liv. per. 93; Cic. pro Fonteio 16), seguramente en la parte aquitana,<sup>54</sup> pues las tierras centrales del valle del Ebro, incluida la Iacetania, permanecieron afectas a Sertorio hasta el final (Exuperant. 8; Flor. 2, 10, 9; Strab. 3, 4, 10), en 72 a.E.

Diversos indicios posteriores parecen confirmar las actividades en el Pirineo occidental y en Aquitania de Pompeyo: concretamente la fundación de Pompelo y Lugdunum, así como las relaciones posteriores entre Aquitania y la vertiente hispana de la cordillera durante las campañas de Licinio Craso en 56 a.E. En efecto, aparentemente, el émulo de Alejandro<sup>55</sup> quiso dejar clara constancia de la integración en el Imperio de los Pirineos, uno de los *fines terrae* occidentales de la ecúmena. Tras las operaciones, Pompeyo habría fundado dos ciudades a ambos lados de la cordillera: Pompelo (Pamplona), πόλις Πομπέλων, ὡς ἄν Πομπηόπολις (Strab. 3, 4, 10)<sup>56</sup> y

<sup>53</sup> Según Plutarco, Sert. 21, Pompeyo pasaría el invierno entre los Vacceos.

<sup>54</sup> La frontera, con seguridad, se encontraba todavía en un estado fluido, por lo que sólo puede afirmarse que la residencia invernal de Pompeyo se encontraba al otro lado de las alturas que separan el valle del Ebro del Atlántico.

<sup>55</sup> Al respecto, DREIZEHNTER 1975, 213–245.

<sup>56</sup> Ver contra DREIZEHNTER 1975, 233–235, quien, con argumentos poco convincentes, considera que la ciudad tomó ese nombre por iniciativa de sus pobladores y no de Pompeyo. El topónimo presenta una formación semibárbara semejante a Gracurris, con un sufijo vas-

Lugdunum (Saint-Bertrand-de-Comminges; Isid. orig. 9, 2, 107; Hyeron. contra Vigilantium 1 y 4), ésta última, la futura ciuitas Conuenarum, con una población heterogénea compuesta de refugiados y bandidos a la que reunió en una sola ciudad fortificada, hacia 72 a. E., a su regreso de Hispania.<sup>57</sup> Los pobladores de esta ciudad debían ser al menos en parte hispanos.<sup>58</sup> La ciudad vascona quedaba situada en el extremo más nordoccidental del valle del Ebro, a la altura de Gracurris, pero junto a las estribaciones pirenaicas, marcando el límite de la Hispania Citerior en esta región, pronto enlazada por una vía, sin duda preaugústea, que desde Tarraco y, a través de Ilerda y Osca, llegaba hasta Pompeyo, y después continuaría hasta Oiarso (Oiartzun), en la costa del Cantábrico, comunicando los confines de Iberia con Aquitania (Strab. 3, 4, 10). Lugdunum, «la ciudad de Lug», con un topónimo claramente céltico, se emplazaba también en el extremo occidental de la Narbonense, más allá del portillo de Carcasso, en la falda de los Pirineos y algo más al Oeste que Tolosa, pero, a diferencia de ésta, en la orilla izquierda del Garona, río que es traspasado por primera vez por un establecimiento romano. El emplazamiento de ambas ciudades, ciñendo más estrechamente que Tolosa y Gracurris la cordillera, señalizan de un modo simbólico a la vez que estratégico los límites efectivos del control romano en ambas vertientes pirenaicas y respecto de las tierras altas de la cordillera, aun parcialmente insumisas, al tiempo que, por primera vez, muestran por parte de Roma la intención de actuar de manera global y coordinada también en la zona central y occidental de los Pirineos, que hasta entonces había recibido una nula atención.

Por otra parte, sabemos que Pompeyo, tras el final de las actividades bélicas contra los sertorianos, en el año 71, erigió en los Pirineos una estatua suya y 'trofeos' (*tropaea*; Plin. NH 37, 15), en los que aseguraba haber sometido ochocientos sesenta y seis *oppida* entre los Alpes y los límites de la Hispania Ulterior (Plin. NH 3, 18 y 7, 96; Sall. hist. 3, 89; Exuperant. 8; Strab. 3, 4, 1). Su ubicación ha sido discutida durante decenios, pero sólo muy recientemente ha podido ser identificada con seguridad, gracias al hallazgo arqueológico de una serie de estructuras constructivas en la vertiente francesa del col de Panissars, junto al Perthus,<sup>59</sup> en el punto donde en-

cónico (ver GORROCHATEGUI 1987, 438: vasc. *ilu* = ciudad). Sobre Pompeyo, véase la síntesis de PEREX 1986, 186–215.

<sup>57</sup> J. GUYON, Saint-Bertrand-de-Comminges – Valcabrere. Lugdunum, ciuitas Conuenarum, Colloque Aquitania 1990, Bordeaux 1992, 140–145 y SCHAAD y VIDAL 1992, 211–221, estos últimos, críticos respecto de la noticia de Jerónimo y sugiriendo la posibilidad de que la ciudad fuera una fundación augústea, pero señalando también la presencia de materiales del siglo I a. E. revelados por las excavaciones reemprendidas desde 1985 (J. GUYON [coord.], From Lugdunum to Conuenae: Recent Work on Saint-Bertrand-de-Comminges [Haute Garonne], Journal of Roman Archeology 4, 1991, 89–113) y entre los que se cuentan monedas ibéricas.

<sup>58</sup> Vascones según Isidoro, y vetones, arévacos y celtíberos, según Jerónimo.

<sup>59</sup> El hallazgo ha sido dado a conocer por A. NIKELS y otros, Gallia Informations 1987–1988, 1, 271–272 y J. CASTELLVÍ, J. M<sup>a</sup> NOLLA e I. RODÀ, Els trofeus de Pompeu i l'altar de Cèsar al coll de Panissars, en: M. MAYER (ed.), Roma a Catalunya, Barcelona 1992, 22–25. El trofeo se alzaba al lado de la vía Domicia-Augusta, de la que se ha hallado al mismo tiempo un

lazaban la vía Domicia y la futura vía Augusta, la más transitada calzada transpirenaica. Pero, además, al elegir esta ubicación, Pompeyo fijó de un modo específico en este extremo pirenaico, por primera vez que sepamos, la frontera entre Hispania y Galia. El trofeo debió de convertirse desde entonces en el hito fronterizo entre ambas provincias, como se desprende de Estrabón (4, 1,3), quien, aun proponiendo el santuario de Afrodita como tal límite – seguramente aplicable estrictamente sólo a la costa –, afirma que otros autores lo sitúan en el trofeo, algo que, en el ámbito terrestre, a la luz de los recientes descubrimientos, parece confirmarse plenamente.

En este apartado, no debemos dejar de mencionar la existencia de un posible trofeo en el otro extremo del Pirineo, exactamente en un lugar elevado (1.420 m.) que domina la vía romana desde Pompeyo hacia Burdigala por Lepoeder, entre las mansiones de Iturissa (probablemente entre Espinal y Burguete) y el Imus Pyrenaeus (Saint Jean-le-Vieux). Se trata de la denominada torre de Urkulu,<sup>60</sup> hoy apartada de las rutas principales, pero que, probablemente no por casualidad, se sitúa exactamente en la frontera actual entre España y Francia y justamente en la divisoria de aguas atlánticas y mediterráneas. Las recientes indagaciones arqueológicas hispano-francesas no han dado un resultado totalmente positivo, puesto que sólo ha podido ser identificado un posible altar de dedicación del monumento,<sup>61</sup> que, sin descartar que pudiera tratarse de «la modeste réplique occidentale du trophée du Perthus», se ha propuesto considerar como el monumento conmemorativo de la pacificación definitiva de la zona pirenaico aquitana, sobre todo tras las operaciones de M. Valerio Mesala Corvino en el año 27 a. E.<sup>62</sup> A la espera de que se concrete la cronología de este monumento, no puede descartarse su adscripción a Pompeyo. De hecho, varios tesorillos monetales de época sertoriana (Lecumberry, Barcus) parecen demostrar que la ruta que unía por esta parte de los Pirineos Pompeyo con Lugdunum se encontraba ya en uso en esta época,<sup>63</sup> aunque aún no acondicionada como calzada romana, al tiempo que la referencia unánime a los *tropaea* pirenaicos de Pompeyo, en plural, podría confirmar su duplicidad.

tramo de más de cinco metros de anchura datable en el final del siglo II a. E. En ese mismo lugar, sin duda aprovechando la privilegiada situación, y en un alarde más de *clementia*, César, lejos de destruir el monumento de su enemigo ya vencido, construyó cerca de él un altar de piedra (Cass. Dio 41, 24,3).

<sup>60</sup> TOBIE 1976, 43–62 y 1982, espec. 9–19; D. URRUTIBEHETY, Les Ports de Cize, la Tour d’Urkulu et Summus Pyrenaeus, Bulletin de la Société des Sciences Lettres et Arts de Bayonne 133, 1977, 53–107.

<sup>61</sup> M. A. MEZQUÍRIZ, La torre-trofeo de Urkulu, Trabajos de Arqueología Navarra 10, 1991–92, 441–443: con la excepción de un útil de cantero en hierro, no se han hallado materiales romanos, lo cual pudiera deberse a que la presencia de los constructores romanos fue muy breve y a que no se trata de un lugar de paso. Esta circunstancia impide atribuirle una cronología segura, si bien los excavadores se inclinan por una datación augústea.

<sup>62</sup> TOBIE 1976, 62: éste es el momento en el que parece erigirse algunos kilómetros más al Norte la *mansio* del Imus Pyrenaeus.

<sup>63</sup> TOBIE 1982, 7.

De este modo la doble fundación de Pompeyo y Lugdunum en ambas vertientes de los Pirineos, y la erección de *tropaea* en los extremos de la cordillera simbolizarían la aprehensión por Roma de los Pirineos como conjunto, aun excluyendo todavía la Aquitania y la prolongación cantábrica de la cadena montañosa así como sus comarcas interiores, y quizás la fijación de los límites del Imperio en uno de los extremos del mundo como anticipación de la ideología cosmocrática claramente expresada por Pompeyo con motivo de su triunfo del año 61 sobre Oriente,<sup>64</sup> que, debe subrayarse, según Casio Dión fue celebrado no sólo en honor de sus empresas orientales, sino de todas sus victorias anteriores, incluyendo los más pequeños hechos de armas (37, 21, 2).

*El control definitivo de los Pirineos y la reorganización augústea  
(ver mapa 3)*

Entre los años 56 y 19 a. E., Roma concluyó el dominio efectivo de la cordillera. Tras el mal documentado fracaso del legado Lucio Valerio Preconino en Aquitania (Caes. bell. Gall. 3, 20), César encargó a Craso la sumisión de la región como preparación para sus campañas en la Galia *comata*,<sup>65</sup> labor que su lugarteniente realizó eficazmente. Durante esta campaña hay constancia del apoyo que los aquitanos recabaron y recibieron desde la vertiente meridional de los Pirineos, desde las *civitates... quae sunt Citerioris Hispaniae finitima* que les enviaron *auxilia ducesque* (Caes. bell. Gall. 3, 23); entre ellos se encontraban gentes a las que César denomina Cántabros (bell. Gall. 3, 26), es decir indígenas aún insumisos de la cordillera Cantábrica, así como *duces* formados en el ejército de Sertorio (bell. Gall. 3, 23), entre los que podían contarse también gentes propiamente pirenaicas.<sup>66</sup> Es muy significativo de esta afinidad el hecho de que ambas vertientes de la cordillera se mostraran solidarias durante esta campaña, así como probablemente durante las guerras sertorianas, mientras que durante las operaciones propiamente galas de César los aquitanos se mantuvieran al margen.

Esta colaboración hubo de poner de relieve la inestabilidad que suponía para la región la falta de control efectivo tanto de las comarcas del alto Pirineo, aún insumisas, como sobre todo del extremo occidental de la cordillera en su vertiente hispana, esto es de Cantabria. El remedio a esta situación no se demoró mucho: en 39 a. E. Domicio Calvino, gobernador de la Hispania Citerior, intervino contra los Cerreta-

<sup>64</sup> Diod. 40, 4 y Plin. NH 7, 97–98 recogen dos versiones divergentes de la inscripción que Pompeyo exhibió durante su triunfo con el registro de sus πράξεις (*res gestae*) en Oriente; en ella, según Diodoro, se hacía referencia a cómo el triunfador llevó los límites del Imperio hasta los confines de la οἰχουμένη; al respecto DREIZEHNTER 1975, 215–233 y NICOLET 1988, 45–47 con la bibliografía fundamental y comentario de las fuentes.

<sup>65</sup> Las fuentes recogidas en SCHULTEN 1940, 19–26; al respecto, FATÁS 1993, 302 ss.

<sup>66</sup> FATÁS 1993, 304 ss.

nos del Pirineo central, acción que le valió el triunfo (Cass. Dio 48, 41; Act. triumph. ad 36 a. E.), mientras simultáneamente Agripa, como gobernador de la vertiente septentrional, operaba en Aquitania (App. bell. ciu. 5, 92; Cass. Dio 39, 46). Estas dos acciones, que resulta difícil no poner en relación, señalan, sin embargo, cómo los asuntos de las dos vertientes pirenaicas eran percibidos ya de manera separada. Tras estas operaciones, que a semejanza de las dirigidas poco después contra los Salasios alpinos tenían como abjetivo eliminar bolsas independientes entre provincias romanas, de nuevo en la década de los años 20 hay noticias de operaciones a ambos lados de los Pirineos: a partir de 29. a. E. actuó Mesala Corvino en Aquitania (App. bell. ciu. 4, 38; Tib. 1, 7, 3–12), obteniendo el triunfo dos años después, mientras que simultáneamente se iniciaban las campañas cántabras que sólo solucionaría definitivamente Agripa en 19 a. E.<sup>67</sup> De esta forma Augusto, que dirigió personalmente parte de las operaciones, podía atribuirse la pacificación definitiva de las provincias fronterizas occidentales hasta el Océano, desde Gades al Elba, en ese anuncio oficial de la conquista del mundo que son en cierto modo sus res gestae (§ 26).<sup>68</sup>

La conclusión de la conquista de esta parte de Occidente vino seguida de una reorganización administrativa que sancionaba la incorporación de las dos vertientes pirenaicas a administraciones diversas. En 22 a. E. la Narbonense fue entregada al senado para su gobierno; Aquitania fue engrosada hacia el Norte con las tierras celticas situadas entre el Garona y el Loira, incorporándose a ella Lugdunum, ciuitas Conuenarum, una vez desgajada de la Narbonense.<sup>69</sup> De las Hispanias, articuladas definitivamente en tres provincias en la penúltima década a. E., la Citerior quedaba adscrita al *princeps* con el extremo oriental de los Pirineos hasta las proximidades del Segre incluído en el convento jurídico tarraconense, y la parte central y el extremo occidental hasta el Atlántico, en el cesaraugustano.

Sin embargo en la organización provincial de las Hispanias y de las Galias se observa una sensible diferencia a la que pudo no ser ajena la percepción de los Pirineos y de la Cordillera cantábrica como una sola cadena montañosa, noción difundida tras las guerras cántabras según se verá más adelante. Así, mientras que en las Galias el emperador optó por separar la vieja provincia Narbonense, claramente mediterránea, de las tierras conquistadas por César, de suerte que la vertiente atlántica quedaba dividida perpendicularmente en tres provincias – Aquitania, Lugdunense y Bélgica –, en Hispania su criterio fue diferente y si bien separó la Lusitania de la vieja Ulterior bética, optó por integrar la vertiente atlántica situada más acá del Duero en la Hispania Citerior.

<sup>67</sup> Sobre su desarrollo, SCHULTEN 1940, 184–207 y A. RODRÍGUEZ COLMENERO, Augusto e Hispania, Bilbao 1979.

<sup>68</sup> NICOLET 1988, 27 ss.

<sup>69</sup> Para la hipótesis de Lugdunum, ciuitas Conuenarum como centro del culto imperial de Aquitania, véase por ej. L. MAURIN, Saintes antique, Saintes 1978, 200; v. ILTG 81 y 76–80, 82–84.

En esta decisión, amén de otras razones, hubo de pesar el papel del Ebro como eje de penetración desde el Mediterráneo, pero también la percepción misma de los Pirineos con su prolongación cantábrica, en la que ya Plinio localiza las fuentes del Ebro (NH 3, 21). Tras las guerras cántabras Augusto incorporó una parte de las nuevas conquistas – Galicia y Asturias – a la Hispania Ulterior (Plin. NH 4, 118; Strab. 3, 4, 20), aún indivisa, y la otra – Cantabria – a la Citerior. Tras este arreglo inicial, hacia 13 a.E.,<sup>70</sup> coincidiendo con la división de la Hispania Ulterior en dos provincias, Lusitania y Bética, con la reducción de los efectivos militares peninsulares a cuatro legiones y su concentración en manos del legado imperial de la Tarragonense, Asturias y Galicia fueron incorporadas a esta última provincia separada de Lusitania por el Duero. Con ello, los Pirineos, incluida su prolongación cantábrica hasta el Macizo galaico, quedaban incluidos en una misma provincia, la única de Occidente dotada de amplias fachadas tanto al Mediterráneo como al Atlántico.

### *Los Pirineos y la percepción geográfica antigua (ver mapa 4)*

Las más antiguas noticias conservados sobre los Pirineos<sup>71</sup> contienen errores de bulto y se inscriben con frecuencia en un contexto legendario. Así Heródoto, que no parece conocer todavía la existencia de la cordillera, da el nombre de Πυρήνη a una ciudad del país de los celtas y ubica junto a ella el nacimiento del Istro o Danubio (2, 33). Más tarde, Aristóteles atribuye ya el nombre a una cadena montañosa situada en Occidente, pero sigue fijando allí las fuentes del Danubio y también las del río Tarteso (*Meteor.* 1, 13). A la misma ciudad de Πυρήνη alude también Avieno, situándola entre Sordones y Ceretes (vv. 559, 562–565), como un emporio frecuentado por los masaliotas. En este mismo contexto legendario debe incluirse la noticia recogida por Diodoro y Estrabón – éste atribuyéndola a Posidonio – según el cual un abrasador incendio habría afectado a la cordillera hasta derretir la plata que guardaba en sus entrañas y hacerla fluir en ríos argénteos hasta el mar (Diod. 5, 35, 2–4; Strab. 3, 2, 9). La fama de Hispania como Eldorado occidental debió servir de arranque para la leyenda y de paso para justificar la falsa etimología que hacía derivar el nombre de la cordillera de la voz πῦρ, «fuego», si bien es posible que las pequeñas minas pirenaicas de plata explotadas durante el Medioevo, lo fueran ya en fechas antiguas e, incluso, se ha insinuado su proximidad como uno de los factores que explicarían la fundación de Emporion y Rhode en el golfo de Rosas.<sup>72</sup> Diferente

<sup>70</sup> Al respecto, G. ALFÖLDY, *Fasti Hispanienses*, Wiesbaden 1969, 223–225.

<sup>71</sup> Sobre la cordillera véanse las noticias generales de SCHULTEN 1959, 251–269 y, más recientemente, de J. M. BLAZQUEZ, El papel de los Pirineos según las fuentes clásicas, Congreso Internacional. Historia de los Pirineos, Cervera 1988, 37–75.

<sup>72</sup> J. RUIZ DE ARBULO, Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el golfo de Rosas, *Arqueología espacial* 4, Teruel 1984, 115–140; sin embargo los recursos argentíferos locales eran muy reducidos, CL. DOMERGUE, Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine, Rome 1990, 70 y 162 (espec. n. 40 acerca de Diod. 5, 35, 3).

origen tiene la noticia de Silio Itálico, según quien la cadena debería su nombre a una mujer, Pirene, hija del rey de los Bebrices y amada de Hércules, que habría sido enterrada allí (*Pun.* 3, 420–441) y que conecta los Pirineos con el camino de regreso del héroe tras robar sus vacadas a Gerión que daría su nombre a la vía Heráclea (*Arist. mir. ausc.* 85).

Allí donde empieza la geografía termina el mito. En el siglo II a. E. con el inicio de la conquista romana de Occidente comenzaron a precisarse los conocimientos del extremo occidental de la ecumene y con él de los Pirineos, gracias a eruditos como Posidonio a Polibio que viajaron hasta las Galias e Hispania. Sin embargo, y al margen de los posibles aciertos en la percepción de Iberia que suelen atribuirse a autores anteriores como Piteas y Eratóstenes,<sup>73</sup> lo cierto es que desde los tiempos de Polibio quedó consagrada una visión deformada de la orientación de la cadena montañosa y de la Península en general. Según ésta, la costa mediterránea hispana desde las Columnas de Hércules hasta los Pirineos constituía la fachada meridional de Iberia, conformando la mitad occidental de un golfo muy abierto hasta el estrecho de Messina, cuya parte oriental estaba configurada por una Península Itálica orientada casi de Oeste a Este.<sup>74</sup> Al margen de que algunos tramos muy significativos de la costa ibérica señalada estén en efecto orientados hacia el Sur,<sup>75</sup> la consecuencia con respecto a los Pirineos, cuya trayectoria perpendicular a la costa era evidente, fue su percepción como una cordillera que corría desde el Sur mediterráneo hacia el mal conocido mar septentrional y, por lo tanto, como límite entre los galos e Iberia (*Pol.* 3, 37, 9–10).<sup>76</sup>

Estrabón<sup>77</sup> confirma de una manera expresa o implícita esa orientación en diversos pasajes de su obra, fundamentalmente cuando dice que los Pirineos constituyen

<sup>73</sup> SCHULTEN 1959, 37–39.

<sup>74</sup> Así, por ejemplo, Plin. *NH* 3, 5 y 6, 212; dim. prou. 18 y diu. *orbis terr.* 8; menos acusadamente, Oros. 1, 2, 59 y 61; lo mismo se deduce de Strab. 5, 4, 8. Véanse las diferentes reconstrucciones reunidas por NICOLET 1988, figs. 26 ss. Mucho más acentuado es el efecto en los mapas itinerarios a juzgar por la *Tabula Peutingeriana*, cf. para Italia los segmentos III–VI (MILLER 1916).

<sup>75</sup> Es el caso del tramo andaluz entre Gibraltar y el cabo de Gata o del previo a Cartago noua y el cabo de Palos y casi también del comprendido entre Tarraco y Barcino, todos ellos emplazamientos de accidentes geográficos o de ciudades destacados.

<sup>76</sup> Polibio en su descripción de Europa enfatiza sobre todo que el continente es de mayores dimensiones entre el Tanais (Don) y el «rio de Narbona» (Aude), a partir del cual, dice, y hasta los Pirineos habitan Κελτοί (3, 37, 8–9), mientras que desde los Pirineos hasta las Columnas de Hércules a lo largo de la costa mediterránea se extienda Iberia, careciendo de denominación conjunta las tierras orientadas al Atlántico «por haber sido descubierta recientemente» (3, 37, 10). De forma similar explica JANNI 1984, 99–102 la percepción de la cordillera en sentido Norte-Sur en tanto que obstáculo transversal para un camino (terrestre) dirigido de Oeste a Este.

<sup>77</sup> Es significativo que el de Amasia (3, 4, 11) indique que la vertiente ibérica de los Pirineos disfrutaba de una más tupida cobertura boscosa que la gala, apreciación que puede ser cierta para el extremo oriental de la cordillera, pero que difícilmente puede generalizarse a su con-

el flanco oriental de Iberia, constituyendo su lado más estrecho al extenderse ininterrumpidamente de Sur a Norte, desde el Mar Nuestro hasta el Océano (3,1,3). En consecuencia, como para Polibio, los Pirineos se sitúan al Este de Iberia (2,5,27) y son el límite occidental de la Céltica, es decir, de las Galias (4,1,1). De acuerdo con esa orientación, el geógrafo de Amasia establece a su vez la de los demás accidentes geográficos de la Península Ibérica y de Europa, de modo que en Iberia la Idubeda (el Sistema Ibérico) es una cordillera interior que corre paralela a los Pirineos, y entre ambas, el río Iber (3,4,6 y 4,10). El lado occidental de la Península se extiende entre el Promontorio Sagrado (Cabo San Vicente) y el cabo Nerio, en el finisterre gallego, en torno al cual se extiende territorio de los Ártabros y es casi paralelo a los Pirineos (3, 1, 3). En la Céltica, también el Garona y el Loira discurren casi paralelos a los Pirineos (4, 2, 1) y, finalmente, lo mismo ocurre con el Rin (2, 5, 28 y 4, 1, 1).

Las guerras cántabras supusieron una perceptible mejora en el conocimiento del Noroeste, sobre el que Estrabón todavía parece mal informado, y en particular el «descubrimiento» de la Cordillera cantábrica de la que previamente no hay noticias y que es percibida como una prolongación occidental de los Pirineos, lo que, si desde el punto de vista genético es falso, a cambio resulta lógico desde una perspectiva orográfica, dada la substancial continuidad existente entre ambas formaciones y el Macizo galaico. Es sintomático que estos «Pirineos cantábricos» aparezcan substancialmente en obras geográficas poco posteriores a las guerras cántabras o bien entre los historiadores que se ocupan de éstas. Así los últimos presentan a los montañeses como habitantes de los Pirineos (Flor. 2, 33, 46; Cass. Dio 53, 25, 2; Oros. 6, 21, 1 ss.), mientras que los autores de época julio-claudia en general como Pompeyo Trogó y Mela, o bien Plinio – quien aun escribiendo bajo los Flavios maneja datos de época de Augusto sobre todo – prolongan los Pirineos hasta la costa occidental de la Península Ibérica. Estrabón no lo indica explícitamente – ya hemos indicado que su información sobre el Noroeste es magra –, pero no deja de señalar, aun infundadamente, la semejanza de hábitos entre las poblaciones montañesas que habitaban desde Galicia hasta los Vascones y el Pirineo (3, 3, 7), en un pasaje que constituye la quintaesencia de sus concepciones sobre la barbarie y que debe contrapesarse con el siguiente en el que canta las alabanzas de la *pax Romana* (3, 3, 8). Para Estrabón los «pueblos del Norte» y los turdetanos conforman los dos polos contrapuestos de los pueblos de Iberia: los salvajes del Septentrión frío y alejado frente a los civilizados meridionales, mediterráneos y habitantes de un país cálido.<sup>78</sup>

---

junto. La explicación de SCHULTEN 1959, 262, según quien ello obedecería a la deforestación con fines mineros practicada por los aquitanos resulta poco convincente. Basta comparar el volumen de información que Estrabón maneja para el Sur peninsular y la costa mediterránea con el relativo a la costa atlántica y el interior para ponderar las limitaciones de sus conocimientos sobre la Hispania no mediterránea.

<sup>78</sup> P. THOLLARD, *Barbarie et civilisation chez Strabon*, Paris 1987; J. C. BERMEJO, *El eruditó y la barbarie en Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid 1986, 13–43.

Por su parte, Pompeyo Trogó consideraba claramente la Cordillera cantábrica como una parte de los Pirineos, pues, de acuerdo con el epítome de Justino (44, 1, 49), les atribuye una longitud de 600 millas romanas, alrededor de 900 km., bastante ajustada a la anchura total de la Península Ibérica, sólo comprensible si se prolonga la cadena montañosa hasta el Noroeste peninsular. A cambio los testimonios de Mela y Plinio, coincidentemente discordantes respecto de la tradición geográfica previa a propósito del trazado de los Pirineos, señalan expresamente esta prolongación cantábrica en dos polémicos pasajes.

Mela (2,84–85), aun manteniendo la orientación básica Norte-Sur de los Pirineos, introduce una novedad importante en su descripción de la cordillera: *Pyrenaeus primo hinc in Britannicum procurrerit oceanum; tum in terras fronte conuersus Hispaniam inrumpit, et minore parte eius ad dexteram exclusa, trahit perpetua latera continuus, donec per omnem prouinciam longo limite inmissus in ea litora quae occidenti sunt aduersa perueniat* (2, 85). En su opinión, desde la costa mediterránea, en concreto a partir de los promontorios que delimitan el final de los Pirineos, éstos avanzan hacia el Océano Británico, como denomina al Atlántico y en concreto al Golfo de Vizcaya, para, una vez llegados a ese punto, torcer desde su cabecera hacia tierra adentro, penetrando en Hispania sin solución de continuidad en dirección a las costas occidentales. Aunque se ha especulado sobre la identificación de esta segunda rama montañosa de la que habla Mela,<sup>79</sup> es más que probable que se refiera en realidad a la Cordillera Cantábrica, lo cual supone un avance en la percepción geográfica de la región, en tanto que, como se ha visto, ambas cordilleras, la pirenaica y la cantábrica, se suceden prácticamente sin solución de continuidad, si bien la orientación que propone – primero de Sur a Norte y luego de Nordeste a Sudoeste – no sea acertada, al estar deformada por la consideración previa de los Pirineos propios como la fachada oriental de Hispania y de la costa cantábrica como su lado septentrional.

Plinio acepta también la orientación pirenaica ya convertida an ‘canónica’, de Sur a Norte, recorriendo la cadena montañosa el lado más estrecho de la Hispania Citerior, en forma de cuña, desde el cual la provincia se ensancha hacia el interior (NH 3, 6 y 29). El papel fronterizo de los Pirineos con las Galias resulta del todo evidente (3, 30; 4, 105) tanto al menos como su recorrido de Sur a Norte desde el *mare Hiberium* hasta el *oceanus Gallicus* (3, 6; 3, 22), en donde es muy revelador el orden, de Sur a Norte – en realidad de Este a Oeste –, en que son citadas las diversas comunidades hasta los vascones (3, 29). Ello resulta congruente, además, con la orientación hacia el Norte, es decir corriendo de Este a Oeste, de las costas galas del Atlántico (4, 105). No

<sup>79</sup> La identificación de esta prolongación con la «cordillera central castellana» «Zentralpyrenäen» propuesta por SCHULTEN 1959, 236–237, seguido por K. G. SALLMANN, Die Geographie des älteren Plinius in ihrem Verhältnis zu Varro. Versuch einer Quellenanalyse, Berlín-Nueva York 1971, espec. 151–161, no se ajusta al testimonio de Mela que señala explícitamente que deja a la derecha una pequeña parte de Hispania y se extiende en línea recta hasta la costa occidental.

obstante, un pasaje de difícil lectura e interpretación discutida plantea dudas sobre esa orientación: *ipsa Pyrenaei iuga ab exortu aequinoctiali [fusa] in occasum brumalem breuiores [latere quam] quam latere meridiano Hispanias faciunt* (4, 110).<sup>80</sup> A primera vista, da la impresión de que Plinio sitúa 'sorprendentemente' los Pirineos de Este a Oeste, modificando así la tesis universalmente aceptada. Pero esta impresión está mediatisada por nuestra distinción entre Pirineos y Cordillera Cantábrica, a las que vemos como cadenas montañosas bien diferenciadas, que no era percibida así en la época como bien pone de manifiesto Mela, que escribe su *De chorographia* apenas unos treinta años antes que Plinio, y para quien ambas cordilleras forman una línea de montañas en la que no distingue ninguna separación y a las que, en consecuencia, denomina con un solo nombre: Pirineos. Si aceptamos que Plinio parte de la misma idea y que su orientación es semejante a la de Mela, el pasaje cobra un sentido completo. Porque, en efecto, de la descripción de Mela se deduce que los Pirineos comienzan en el Este, es decir, en el 'Saliente equinoccial', y que terminan – en realidad no los Pirineos, sino la Cordillera Cantábrica – cerca de las costas occidentales, en el Suroeste, es decir, en el 'Ocaso invernal', como afirma Plinio. Y del mismo modo que Mela señalaba que, al torcer hacia el interior de Hispania los montes dejaban a su derecha – por la tanto al Norte – una parte más pequeña, la constreñida entre las montañas y el Océano – Mar Cantábrico –, Plinio asegura que, debido a esa misma cadena montañosa, las Hispanias son más estrechas en su parte septentrional que en la meridional. Por consiguiente, podemos afirmar que Plinio no sólo no introduce variaciones importantes en la percepción geográfica de la orientación de los Pirineos, sino que reproduce las tesis planteadas poco antes por Mela.<sup>81</sup>

Ya en el siglo II, Apiano, sin mayores pretensiones científicas, comienza su relato de los conflictos en Iberia con una somera descripción geográfica (*Iber.* 1), en la que asevera erróneamente que los Pirineos se extienden desde el Mar Tirreno (el Mediterráneo) hasta el Océano Septentrional, quedando al Este de la cordillera los celtas y al Oeste los iberos y los celtíberos, de lo que se deduce que mantiene sustancialmente la orientación tradicional.

Con Ptolomeo se da un paso notable, aunque no definitivo, hacia una mejor orientación no sólo de los Pirineos, sino del conjunto de la Península Ibérica. A pesar

<sup>80</sup> Recogemos la versión de L. JAN y C. MAYHOFF, *C. Plini Secundi naturalis historiae libri XXXVII*, Lipsiae 1906, ad loc., que elimina (en el texto entre corchetes) varias lecciones registradas en R<sup>2</sup> – que acepta por ejemplo D. DETLEFSEN, *Die geographischen Bücher der Naturalis historia des C. Plinius Secundus*, Berlin 1904, ad loc. – e inserta *quam latere* (en el texto sin cursiva) tras *breuiores*; G. WINKLER, *Plinius' Naturkunde*, München 1988, ad loc. adopta una lectura intermedia.

<sup>81</sup> El mapa de Ebstorf, datado en el siglo XIII, reproduce un trazado semejante de los Pirineos, los cuales, desde el Cabo Higuer, tuercen hacia el interior de la Península en dirección suroeste, algo que SCHULTEN 1959, 158–159, consideró copiado de Mela y Plinio. Definir el trazado que Plinio atribuye a los Pirineos como «oblicuo» (JANNI 1984, 102) resulta del todo incorrecto.

de que sigue considerando a la cordillera pirenaica una parte importante del costado oriental de la Península. De las coordenadas que el autor griego proporciona (2,6,11) se desprende que la cadena montañosa dibujaba en su opinión una línea entre el promontorio de Oiasso, en el Océano Cantábrico, y el templo de Afrodita en el Mar Nuestro, con una pronunciada inclinación desde el Noroeste hacia el Sudeste en el primer tramo, una cierta curvatura de los montes hacia Hispania en la parte central, para retomar la dirección Noroeste-Sudeste hasta el Mediterráneo, pero ahora con un declive más suave. Por lo tanto, Ptolomeo abandona la radical orientación Norte-Sur expresamente defendida por Estrabón un siglo y medio antes, pero está lejos de percibir que la correcta es la Este-Oeste.

Finalmente, durante los siglos IV y V, la percepción geográfica de los Pirineos no parece haber cambiado, de manera que Amiano Marcelino sigue afirmando que cierran el flanco occidental de las Galias junto con el Océano (15, 10, 2), y Orosio (adu. pagan. 1,2, 66 y 68–69), en la misma línea, asegura que Hispania está situada al Oeste de la provincia Narbonense y de Aquitania, da una forma triangular a la Península Ibérica y prolonga los Pirineos hasta el Noroeste, englobando la Cordillera Cantábrica.

Como se puede apreciar, desde al menos la segunda mitad del siglo II a. E., a partir de Polibio, hasta época tardoantigua existe unanimidad en orientar los Pirineos, o bien totalmente de Norte a Sur, o bien de Noroeste a Sudeste, nunca de Este a Oeste, lo cual tiene serias repercusiones no sólo en la percepción geográfica del conjunto de la Península Ibérica y de la Europa occidental – de manera que, durante siglos, las Galias serán situadas al oriente de Hispania y no al Norte –, sino también en la interpretación antropológica de las gentes de la cordillera a la vista del papel que las categorías Norte y Sur juegan en autores como Estrabón, según se ha señalado previamente.

Una única y sorprendente excepción rompe esta unanimidad. Se trata de Flavio Josefo, quien, en su descripción de los diversos pueblos que han sido sometidos por Roma, menciona a los galos, de quienes dice que su territorio se encuentra protegido por importantes barreras naturales: al Este los Alpes, al Norte el Rin, al Oeste el océano y al Sur los Pirineos.<sup>82</sup> De esta manera, se convierte, que sepamos, en el único autor de la Antigüedad desde Eratóstenes que orienta correctamente Galia respecto a Hispania, aunque su descripción es tan sucinta y realizada en un contexto en el que lo geográfico tiene una importancia tan relativa, que resulta imposible discernir si procede de alguna fuente cualificada o de una reflexión personal – aunque parece difícil que Flavio Josefo hubiera podido obtener por sí mismo tal información –, o si es fruto incluso del azar. En cualquier caso, el pasaje no deja de llamar la atención,

---

<sup>82</sup> Ios. bell. Iud. 2, 371: μάλιστα Γαλάτας ἔχοην, τοὺς οὕτως ὑπὸ τῆς φύσεως τετειχισμένους, ἐξ ἀνατολῆς μὲν ταῖς Ἀλπεσιν, πρὸς ἄρκτῳ δὲ Ρήνῳ ποταμῷ, μεσημβρινοῖς δὲ τοῖς Πυρηναίοις δόρεσιν, ὥκεανῷ δὲ πρὸς δυσμῶν.

mucho más si tenemos en cuenta que es absolutamente contemporáneo de la obra de Plinio, otro buen amigo de los Flavios.

Un caso particular lo constituye la tardía *Tabula Peutingeriana*, en cuyo primer segmento conservado figura la parte oriental de los Pirineos.<sup>83</sup> A pesar de no tratarse de un mapa propiamente dicho, sino de un *itinerarium pictum* con una representación del mundo convencional en extremo, sin pretensiones de ajustarse a una determinada proyección o escala, y condicionada por su formato alargado y la necesidad de dar preferencia a la plasmación de los itinerarios,<sup>84</sup> la *tabula* suministra una representación del espacio que, si puede considerarse representativa de este género de documentos, sería para muchos usuarios tan familiar o más que la de los mapas de proyección cónica conforme al estilo ptolemaico o de los murales más conocidos como el *orbis pictus* de Agripa<sup>85</sup> y, en consecuencia, significativa para nuestros propósitos. Pues bien, en el segmento I los Pirineos orientales son trazados como una línea sinuosa que, partiendo del Mediterráneo a la altura del cabo de Creus, corre paralela al Mediterráneo dejando al Sur una estrecha franja de tierra, y parece orientarse hacia arriba, hacia el Atlántico, en sentido oblicuo, al final del segmento. En consecuencia los dos extremos de la cordillera, el mediterráneo y el atlántico, son representados muy alejados el uno del otro y, al parecer, sin vía alguna que los uniera directamente, mientras que, por el contrario, al menos tres atraviesan en el mapa la cordillera.<sup>86</sup> Desde otra perspectiva se mantiene, por lo tanto, la oposición entre un extremo mediterráneo y meridional, y otro septentrional y atlántico, presentados como mucho más distantes que en la realidad.

Si la orientación de la cordillera es presentada de manera inexacta, a cambio sus dimensiones eran bien conocidas desde fechas tempranas, con la excepción de la altura, de la que se tenía un concepto exagerado,<sup>87</sup> lo que explica mejor aún la precariedad de las comunicaciones transpirenaicas por la parte central de la cordillera. Su longitud real – de 435 km. – fue apreciada desde muy pronto con relativa exactitud. Avieno evaluaba la ruta desde el Mediterráneo al Atlántico a través del istmo en siete días de viaje (v. 148), mientras que Estrabón señala mucho menos de 3.000 estadios para las dimensiones de Hispania junto a los Pirineos (3, 1, 3), que por la vía Tarra-co-Oiasso establece exactamente en 2.400 (3, 4, 10), y Plinio da como anchura total

<sup>83</sup> MILLER 1916, cols. 145–149 y la espléndida reproducción de L. BOSIO, La *Tabula Peutingeriana*, Rimini 1983, 15 fig. 1.

<sup>84</sup> MILLER 1916, xxxix ss.; en general A. y M. LEVI, *Itineraria picta. Contributo allo studio della Tabula Peutingeriana*, Roma 1967.

<sup>85</sup> Sobre el mapa mundi de Agripa véase la síntesis de O. A. W. DILKE, *Greek and Roman Maps*, London 1985, 39–54 con bibliografía.

<sup>86</sup> Véase la reconstrucción de MILLER 1916, cols. 147–148.

<sup>87</sup> Apiano consideraba a los Pirineos como los montes más altos de Europa (Iber. 1) y la referencia a las nieves que los coronaban son tópicas en diversos poetas como Lucano, Ausonio o Prudencio (SCHULTEN 1959, 259).

de la Hispania Citerior, entre ambas ciudades, 307 millas (NH 3, 29), al igual que la *diuisio orbis terrarum* basada en los cálculos de Agripa (§ 3).<sup>88</sup>

### *Conclusiones*

La particular representación del espacio que se deduce de lo expuesto, permite comprender mejor el desarrollo de la conquista romana en esta región y el proceso a través del cual los Pirineos terminaron por convertirse en una frontera longitudinal. Hasta la primera mitad del siglo I a. E., los dominios romanos se extendían por una estrecha faja costera de Hispania y las Galias, desde la que progresaron hacia el interior a través del valle del Ebro, del portillo de Carcasso – hasta alcanzar el alto Garona – y del curso del Ródano, concebidos todos ellos como caminos naturales que conducían hacia el Norte, hacia un septentrión atlántico e inhóspito. La conquista se detuvo a la altura de Lyon, de Toulouse y de Navarra, sin mostrar Roma un interés excesivo por alcanzar el litoral atlántico. La falta de continuidad territorial entre estos dominios e Italia, el carácter marítimo de las comunicaciones con la metrópoli, las semejanzas étnicas entre las gentes de ambas vertientes y el papel atrabúido a Massalia en el control del tramo costero entre el Ródano y Nicaea, favorecieron la íntima asociación en el gobierno de la Hispania Citerior y de la Narbonense meridional, entre las que las comunicaciones eran fáciles tanto por mar como por tierra gracias a la gran accesibilidad del paso de El Perthus, aprovechado para unir la futura vía Augusta con la Domicia hasta el Ródano. Más al interior, la limitada progresión romana por la Narbonense – que no superaba el curso del Garona – hacía innecesaria la comunicación transpirenaica entre esta región y el valle del Ebro, desde el que, en cualquier caso y de ser necesario eran practicables los pasos de la Cerdaña como Aníbal había demostrado. Por la vertiente hispana, la expansión se había concentrado hacia la Celtiberia, despreocupándose de la salida al Atlántico, máxime dada la actitud amistosa de los Vascones. En estas condiciones resulta comprensible que la contraposición fundamental se diera entre los extremos de la cordillera, uno mediterráneo y romano, y el otro atlántico e insumiso, y no entre sus dos vertientes.

Esta inercia fue rota por varios acontecimientos sucesivos a partir de los años 70 del siglo I a. E. Primero fue la guerra sertoriana que forzó a Pompeyo a combatir al general sabino – cuyos dominios gravitaban sobre el valle medio del Ebro – desde los dos extremos de la cordillera utilizando la vertiente gala como retaguardia. Ello trajo consigo la primera intervención romana en Aquitania y la primera comparención de los vascones en las fuentes. El resultado fue un control periférico más estrecho de los Pirineos, sancionado por las fundaciones pompeyanas de Lugdunum y Pompelo en las estribaciones mismas de la cordillera, y por la erección

<sup>88</sup> La *dimensuratio prouinciarum* registra, seguramente por error en la transmisión, 183 millas (§ 23 A. RIESE).

en sus extremos del trofeo de Panissars y del presunto de Urculu. Quedaban al margen del Imperio Aquitania y las comarcas más abruptas del interior de la cordillera.

El curso de los acontecimientos en la segunda mitad del siglo I a. E. precipitó la progresión romana en áreas hasta entonces marginales y por razones que no atañían directamente a la cordillera. Primero los proyectos galos de César hicieron aconsejable la previa conquista de Aquitania que acometió eficazmente Craso. Más tarde se hizo necesario reducir las bolsas insumisas de la parte central de la cordillera, ahora comprendida entre dos provincias, que llevaron a término Agripa y Domicio Calvino, actuando de manera simultánea, pero – y ello es significativo – desde provincias diferentes. Por último, Augusto decidió completar la conquista del Occidente continental con las compañías cántabras que dirigió inicialmente el mismo *princeps*, pero hubo de terminar Agripa. Con ello el control del Pirineo, cuyo extremo conocieron ya las tropas de Gneo Cornelio Escipión en 218 a. E., quedaba concluido doscientos años después.

Sin embargo, con las acciones emprendidas desde la campaña aquitana de Craso la fisonomía del Imperio había cambiado por completo en esta región. Los dominios romanos ya no se limitaban a una estrecha faja mediterránea, sino que habían alcanzado el Atlántico y Roma debía hacer frente al control de extensos territorios interiores. Bien la ponen de manifiesto las recientes fundaciones coloniales de Copia Felix Munatia, Lugdunum (Lyon), por Munacio Planco en 42 a. E. (CIL X 6087), en el ángulo del Ródano; de Victrix Iulia Lepida, la antigua y posterior Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza),<sup>89</sup> por Emilio Lérido hacia 44–43 a. E., en el curso medio del Ebro, pronto suplantada por Caesar Augusta;<sup>90</sup> y el cambio de provincia de ciuitas Conuenarum. Las tres ciudades se ubican en los principales ejes de penetración desde el Mediterráneo – el Ródano, el Garona y el Ebro –, pero muy al interior, en áreas que cincuenta años atrás eran fronterizas, pero que ahora jugaban un nuevo papel como centros de vertebración de extensos territorios interiores que se extendían hasta el Atlántico. Lugdunum, ciuitas Conuenarum, fue desgajada de la Narbonense e incorporada a la nueva Aquitania augústea, que de provincia subpirenaica pasaba a convertirse en una extensa circunscripción delimitada por los Pirineos y el Loira, las Cevenas y el Atlántico. La otra Lugdunum ejercía el papel de centro espiritual y administrativo de las Galias, al tiempo que Agripa la convertía en el principal nudo viario de la Francia actual.<sup>91</sup> Caesar Augusta, «la ciudad de Augusto» que relevó en sus funciones a la colonia Celsa, actuaba como capital de un extenso convento jurídico que abarcaba desde los Pirineos hasta el Henares, y desde el Atlántico hasta

<sup>89</sup> El nombre Lepida está registrado tan sólo en las monedas; sobre la colonia véase M. BELTRÁN, A. MOSTALAC y J. A. LASHERAS, Colonia Victrix Iulia Lepida-Celsa (Velilla de Ebro, Zaragoza). I. La arquitectura de la «Casa de los Delfines», Zaragoza 1984; M. P. GALVE, Lérido en España. Testimonios, Zaragoza 1974, 30–42.

<sup>90</sup> BELTRÁN 1992.

<sup>91</sup> Al respecto, J.-M. RODDAZ, Marcus Agrippa, Roma 1984, 389 ss.

el Segre, y como punto de articulación para las comunicaciones terrestres del Nordeste peninsular.<sup>92</sup>

De esta forma la cordillera, que durante siglo y medio no había constituido un obstáculo real entre unos dominios romanos centrados en el Mediterráneo y fácilmente comunicados por mar o a través de las vías Domicia y Augusta, quedaba convertida en frontera natural de unas provincias que habían progresado fulgurantemente a lo largo de sus vertientes desde el mar interior hasta el océano y cuyos centros de gravedad ya no residían sólo en el litoral mediterráneo, al tiempo que su prolongación cantábrica por el lado hispano quedaba englobada en una sola provincia, la Hispania tarraconense, la única de Occidente dotada de amplias fachadas marítimas tanto al mediterráneo como al Atlántico.

*Universidad de Zaragoza  
Departamento de Ciencias de la Antigüedad  
Facultad de Filosofía y Letras  
Ciudad Universitaria  
E - 50009 Zaragoza*

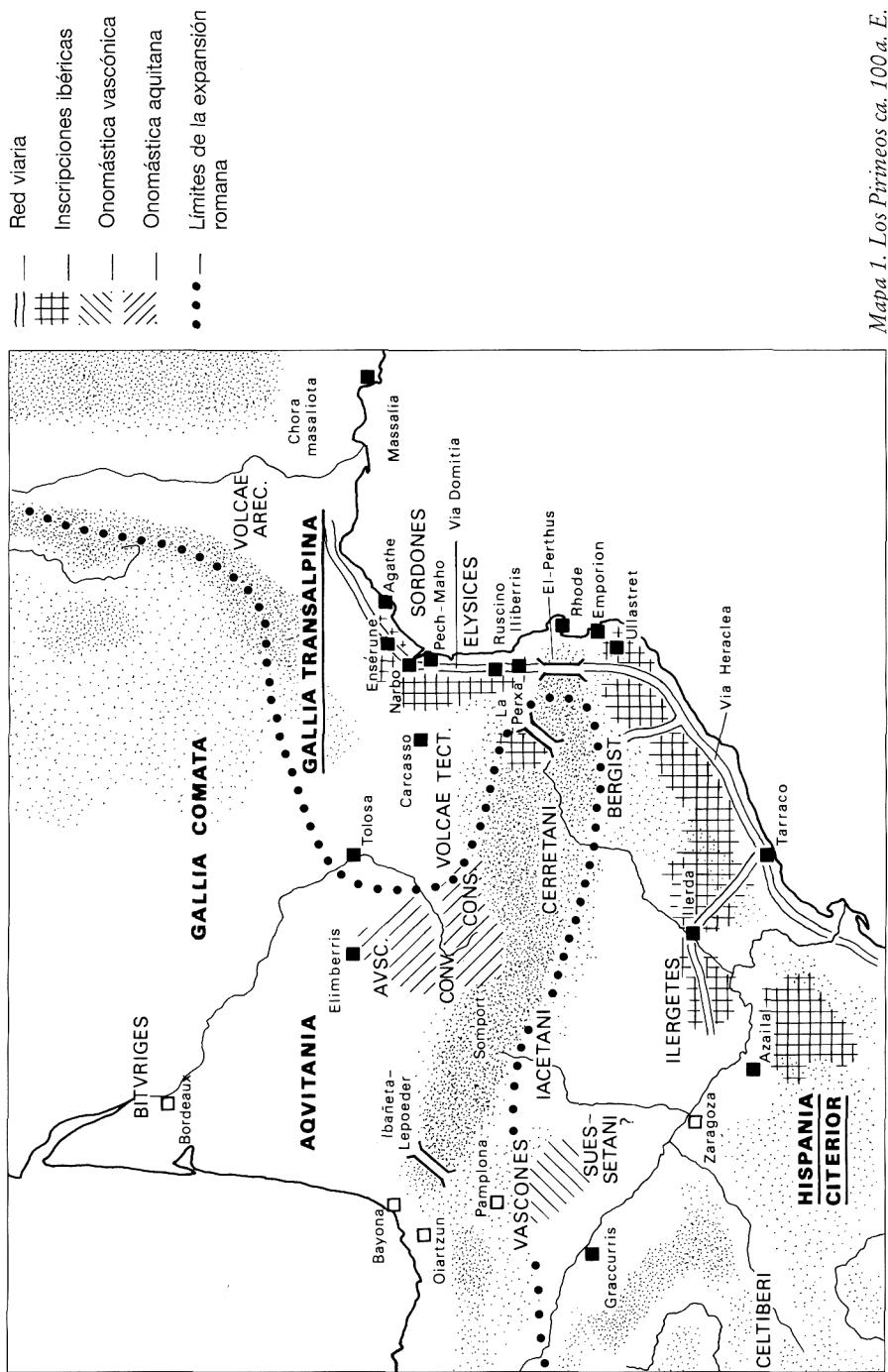
### *Bibliografía Abreviada*

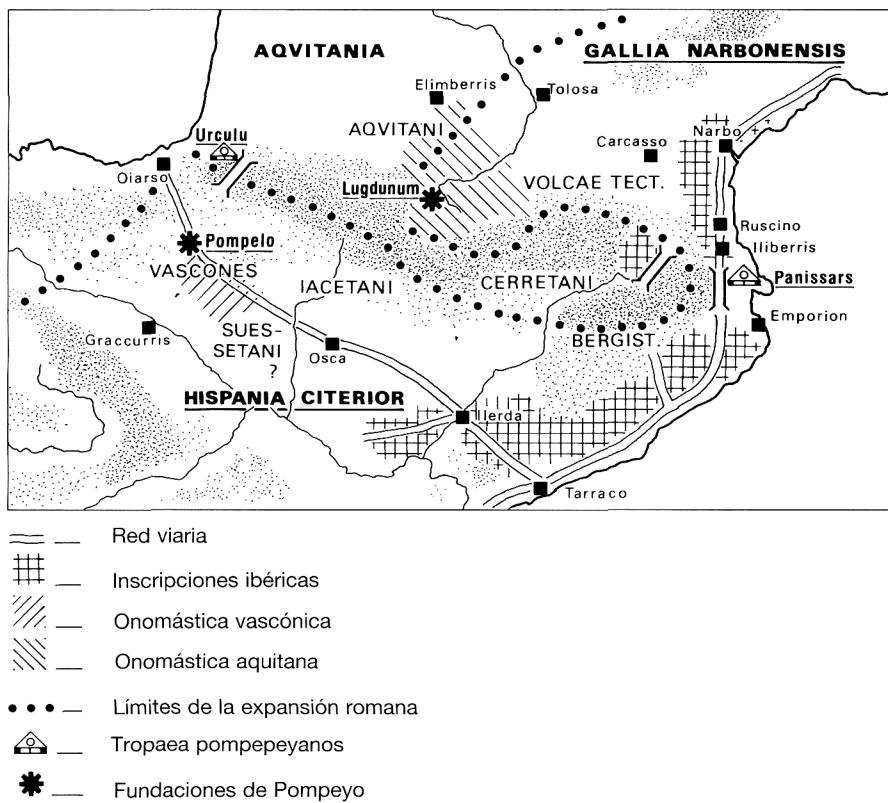
- BELTRÁN 1984 = F. BELTRÁN, El año 218 a. E. Problemas en torno al comienzo de la segunda guerra púnica en la Península Ibérica, en: Hannibal Pyrenaeum transgreditur, 5 Col.loqui internacional d'Arqueología de Puigcerdà, Puigcerdà 1984, 147–171.
- BELTRÁN 1992 = F. BELTRÁN, Caesar Augusta, ciudad de Augusto, Caesaraugusta 69, 1992, 31–43.
- BELTRÁN en prensa a = F. BELTRÁN, La escritura en la frontera. Inscripciones y cultura epigráfica en el valle medio del Ebro, en: BELTRÁN (ed.) en prensa.
- BELTRÁN (ed.) en prensa = F. BELTRÁN (ed.), Roma y las primeras culturas epigráficas del Occidente mediterráneo, Zaragoza en prensa.
- CLCP 1993 = J. UNTERMANN y F. VILLAR (eds.), Lengua y cultura en la Hispania prerromana, Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, Köln 1989, Salamanca 1993.
- DREIZEHNTER 1975 = A. DREIZEHNTER, Pompeius als Stadtgründer, Chiron 5, 1975, 213–245.
- DUPRÉ 1983 = N. DUPRÉ, La vallée de l'Ebre et les routes transpyrénées antiques, Caesrodunum 18, 1983, 393–411.
- FATÁS 1985 = G. FATÁS, Notas sobre el territorio vasco en la edad antigua, Studia Palaeohispanica, Vitoria 1985 = Veleia 2–3, 1985–1986, 383–397.
- FATÁS 1986 = G. FATÁS (ed.), Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana, Zaragoza 1986.
- FATÁS 1993 = G. FATÁS, Los Pirineos meridionales y la conquista romana, en: CLCP 1993, 289–315.
- GORROCHATEGUI 1984 = J. GORROCHATEGUI, Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania, Bilbao 1984.

---

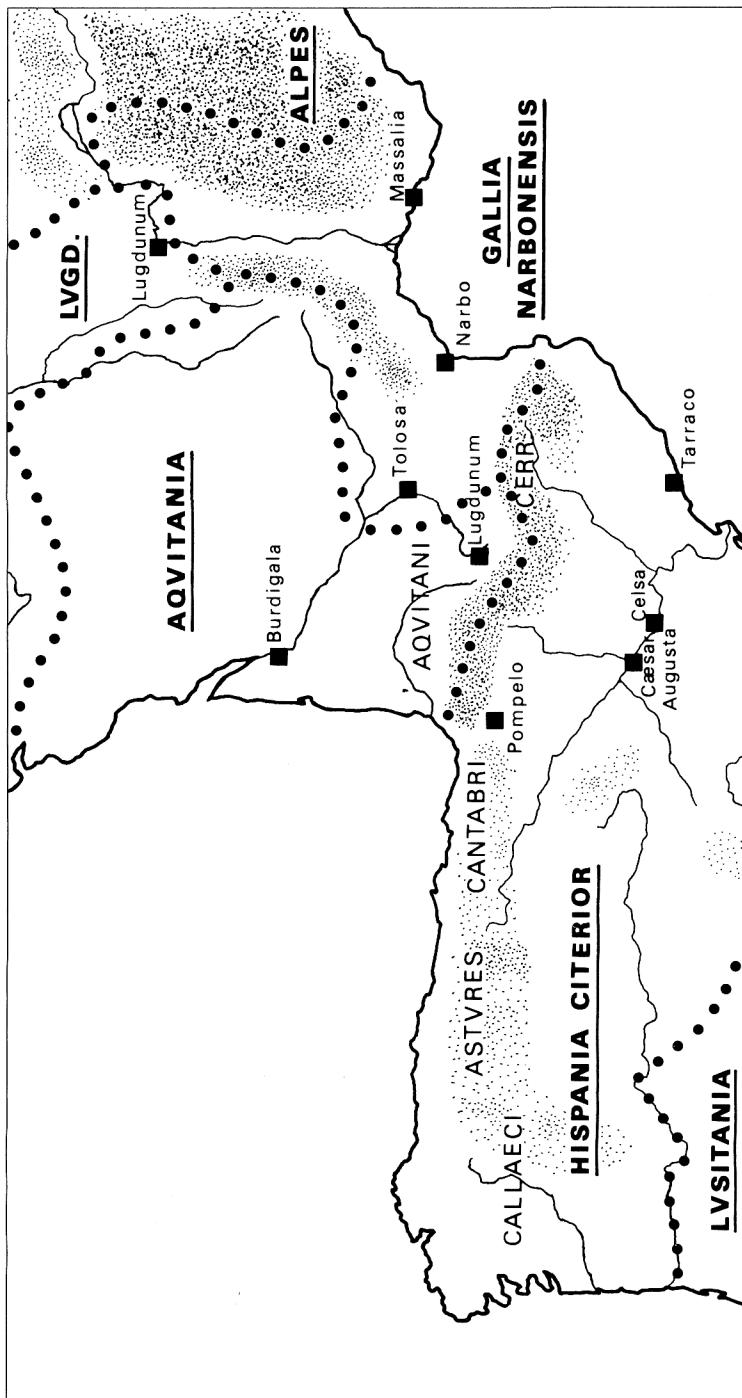
<sup>92</sup> BELTRÁN 1992.

- GORROCHATEGUI 1987 = J. GORROCHATEGUI, Situación lingüística de Navarra y aledaños en la antigüedad a través de fuentes epigráficas, Primer Congreso general de historia de Navarra. 2. Comunicaciones. Príncipe de Viana, anexo 7, 1987, 435–445.
- JANNI 1984 = P. JANNI, *La mappa e il periplo*, Roma 1984.
- MAYER y RODÀ 1986 = M. MAYER y I. RODÀ, La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria, en: *FATÁS* 1986, 157–165.
- MILLER 1916 = K. MILLER, *Itineraria Romana*, Stuttgart 1916.
- MOHEN 1979 = J.-P. MOHEN, La présence celtique de La Tène dans le Sud-Ouest de l'Europe: indices archéologiques, en: *Les mouvements celtiques du V<sup>e</sup> au I<sup>er</sup> siècle avant notre ère*, Paris 1979, 29–48.
- MLH = J. UNTERRMANN, *Monumenta linguarum Hispanicarum*. I.1. Die Münzlegenden, Wiesbaden 1975; II. Die Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich, Wiesbaden 1980; III.2. Die iberischen Inschriften aus Hispanien, Wiesbaden 1990.
- NICOLET 1988 = CL. NICOLET, *L'inventaire du monde*, Paris 1988.
- PEREX 1986 = M<sup>a</sup> J. PEREX, *Los vascones*, Pamplona 1986.
- RIVET 1988 = A. L. F. RIVET, *Gallia Narbonensis. Southern France in Roman Times*, London 1988.
- SCHAAD y VIDAL 1992 = M. SCHAAD y M. VIDAL, Origines et développement urbain des cités de Saint-Bertrand-de-Comminges, d'Auch et d'Eauze, *Colloque Aquitania* 1990, Bordeaux 1992, 211–221.
- SCHULTEN 1940 = A. SCHULTEN, Las guerras de 72–19 a. de J. C., Barcelona 1940.
- SCHULTEN 1959 = A. SCHULTEN, *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, vol. 1, Madrid 1959.
- TOBIE 1976 = J.-L. TOBIE, La Tour d'Urculu. Un trophée tour pyrénéen?, *Bulletin de la Société des Sciences Lettres et Arts de Bayonne* 132, 1976, 43–62.
- TOBIE 1982 = Le Pays Basque Nord et la romanisation (1<sup>er</sup> siècle av. J.-C.–3<sup>e</sup> siècle ap. J. C.), *Bulletin du Musée Basque* 95, 1982, 1–19.
- TOVAR 1989 = A. TOVAR, *Iberische Landeskunde*. 3. *Tarraconensis*, Baden-Baden 1989.
- VELAZA en prensa = J. VELAZA, Epigrafía y dominios lingüísticos en territorio de los vascones, en: BELTRÁN (ed.) en prensa.

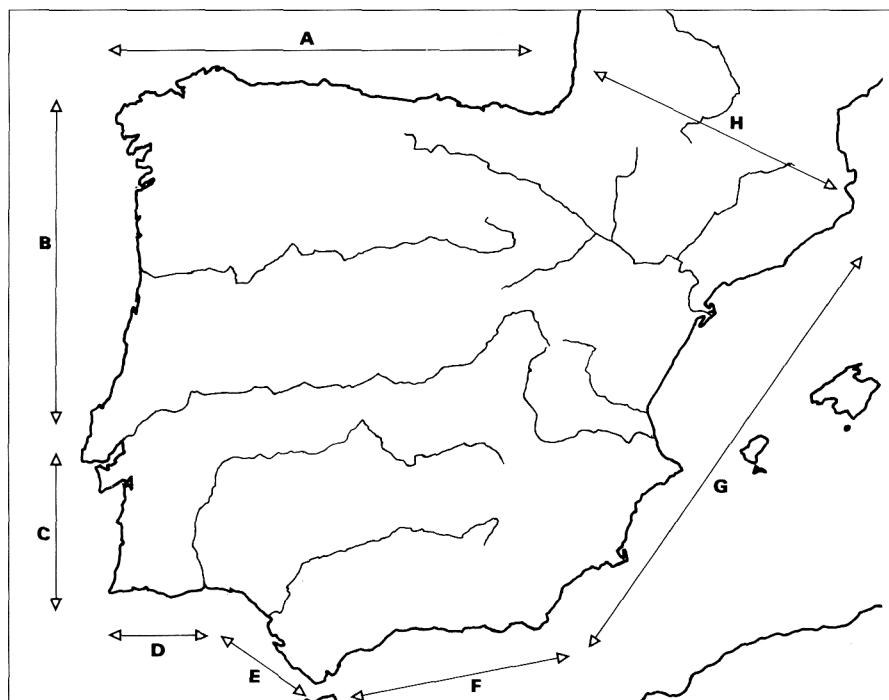




Mapa 2. Los Pirineos y Pompeyo



Mapa 3. El ámbito pirenaico en época de Augusto



	Norte	Oeste	Sur	Este
Agrípa	<b>A</b>	<b>BCDE</b>	<b>FG</b>	<b>H</b>
Estrabón	<b>A</b>	<b>BC</b>	<b>DEFG</b>	<b>H</b>
Mela	<b>A</b>	<b>BCDE</b>	<b>FG</b>	<b>H</b>
Plinio	<b>AB</b>	<b>CDE</b>	<b>FG</b>	<b>H</b>
Ptolomeo	<b>A</b>	<b>BCD</b>	<b>EF</b>	<b>GH</b>

Mapa 4. La orientación de Hispania según los autores clásicos

